

ADRIANA KAULINO y ANTONIO STECHER
(EDITORES)

Cartografía de la Psicología contemporánea

Pluralismo y modernidad

Emilio Moyano Díaz / Rodrigo de la Fabián / Marco Antonio Recuero & Christian Salas
Riquelme / Virginia Moreira / Carlos de Mattos Ferreira & Henrique Leal Rodrigues /
Gabriela Sepúlveda Ramírez / Héctor Bazán / Ana María Fernández / Agustín Ibáñez,
Francisco Ceric, Vladimir López & Nerea Aldunate / Ana María Zlachevsky / Juan Soto
Ramírez / Isabel Piper / Javier Serrano Blasco / Frederic Munné



SERIE UNIVERSITARIA

Cartografía de la psicología contemporánea [texto impreso] / Antonio Stecher (editor); Adriana Kaulino (editor). — 1ª ed. — Santiago: LOM Ediciones, 2008. 380 p.: 16x21 cm.- (Colección Universitaria)

R.P.I.: 168.013

ISBN : 978-956-282-959-5

I. Psicología I. Título. II. Serie. III. Stecher, Antonio (editor) IV. Kaulino, Adriana (editor).

Dewey : 150 .— cdd 21

Cutter : C276c

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

© LOM Ediciones
Primera edición, 2008

I.S.B.N: 978-956-282-959-5

Registro de Propiedad Intelectual N°: 168.013

Diseño, Composición y Diagramación:
Editorial LOM. Concha y Toro 23, Santiago
Fono: (56-2) 688 52 73 Fax: (56-2) 696 63 88
web: www.lom.cl
e-mail: lom@lom.cl

Impreso en los Talleres de LOM
Miguel de Atero 2888, Quinta Normal
Fonos: 716 9684 - 716 9695 / Fax: 716 8304

Impreso en Santiago de Chile

AGRADECIMIENTOS

•

La edición de este libro ha sido posible gracias al apoyo decidido y entusiasta que recibimos de parte de la Escuela de Psicología, y de la Facultad de Ciencias Humanas y Educación, de la Universidad Diego Portales.

Queremos agradecer a Pilar Torres y a Juan Pablo Toro, Directora de la Escuela y Decano de la Facultad en el período de elaboración de este texto, por el compromiso que tuvieron, desde el inicio hasta su finalización, con este proyecto editorial.

Los Editores

CAPÍTULO 2

La psicología como proyecto de la modernidad: claves sociohistóricas para interrogar la pluralidad de la psicología contemporánea

ANTONIO STECHER GUZMÁN*

Introducción

Uno de los principales desafíos para el campo académico-profesional de la psicología contemporánea dice relación con la generación de marcos de referencia e inteligibilidad que posibiliten diálogos entre las diferentes matrices epistemológicas, perspectivas teóricas y prácticas profesionales que componen el heterogéneo y plural espacio disciplinar.

A tono con el espíritu de época tardomoderno, el reconocimiento y la gestión de la diversidad se han ido constituyendo en los últimos años en una temática ineludible a la hora de pensar y modelar el porvenir de la psicología. Sea para celebrarla (y entonces hablamos de pluralidad) o para criticarla como un rasgo deficitario de su desarrollo científico (y entonces hablamos de dispersión o fragmentación) la heterogeneidad del campo científico de la psicología contemporánea –una de cuyas expresiones es, justamente, la distinta valoración que se hace de la misma– emerge como un eje articulador de distintas (meta)reflexiones sobre el campo de los saberes y prácticas psicológicas y sus desafíos de cara al nuevo siglo.

Es importante recordar –como lo ha demostrado consistentemente la historiografía crítica de la psicología desarrollada en las últimas décadas (Danzinger, 1979, 1984, 1996; Vezzetti 1998; Rose, 1996a; 1996b; Massimi, 1996; Harris, 1999)– que este carácter plural y policéntrico de la psicología no es un rasgo reciente, sino que la acompaña desde su emergencia progresiva y problemática como disciplina científica en las últimas décadas del siglo XIX.

* Psicólogo, Universidad de Chile. Magíster en Filosofía Política, Universidad de Chile. Profesor de la Escuela de Psicología y Coordinador académico del Magíster en Psicología, Mención Psicología Social, de la Universidad Diego Portales.

Lo novedoso parece ser un mayor reconocimiento, visibilidad e incluso valoración de la identidad polifónica de la psicología, lo que sin duda tiene que ver con un debilitamiento de la hegemonía de la psicología experimental de raigambre (neo)positivista a partir de los años 60 y 70. En esas décadas, diversos –y muy diferentes– desarrollos postpositivistas en el campo de la filosofía y la historia de la ciencia (Khun, 1962 (1971); Foucault, 1966 (1971); Bloor 1971 (1998); Feyerabend, 1970 (1993); Bourdieu, 1976 (2000a); Habermas, 1967, (1996); Bernstein, 1976 (1983)²⁷) impactaron en las ciencias sociales, abriendo progresivamente el espacio para que las psicologías de raigambre crítica, hermenéutica-fenomenológica, e incluso postestructuralistas o posmodernas, se insertaran con mayor fuerza en los circuitos legitimados de producción, publicación, enseñanza y aplicación del saber psicológico.

Esta diversidad creciente de perspectivas teóricas, orientaciones metodológicas, campos de aplicación y lógicas de intervención –alimentada por la expansión y el fuerte desarrollo de la psicología en contextos nacionales distintos al norteamericano en las últimas décadas, y por el constante crecimiento, fundamentalmente a partir de la Segunda Guerra Mundial, de los ámbitos e instituciones respecto a los cuales las élites de las sociedades modernas demandan la experticia de los *saberes psi* para *gestionar* la subjetividad y el comportamiento de las personas (Danzinger, 1993; Herman, 1995; Leahey, 1998)– plantea nuevos y diversos desafíos al campo académico-profesional de la psicología. Uno de estos desafíos es el desarrollo de marcos de referencia y de ciertos criterios compartidos que permitan un intercambio (de colaboración y disputa) racional entre las distintas perspectivas, de tal modo que las diferencias obtengan su legitimidad en el espacio del diálogo, la reflexividad y la argumentación razonada propia del *ethos* científico (Kaulino, 2007).

Como ha señalado Hugo Vezzetti, el problema es “cómo admitir la pluralidad y la diversidad del campo (incluso el papel jugado por factores sociales y culturales en la configuración de la disciplina y su crisis) y, a la vez, mantener no sólo algunas normas de justificación, de ‘racionalidad’, sistematicidad y transmisibilidad, sino un horizonte de diálogo que soporte diferencias profundas en los criterios y tradiciones del saber. En todo caso, ese es el desafío y

²⁷ El segundo año entre paréntesis refleja el año de la edición en castellano citada en este artículo.

frente a él deberíamos medirnos al evaluar, en las condiciones presentes, tanto la enseñanza que impartimos como nuestra propia práctica investigativa" (Vezzetti, 1998, p. 15).

En este escenario, promover y extender las bases institucionales del pensamiento racional que depende de ciertas estructuras sociales de diálogo y comunicación no violenta, fortaleciendo así la autonomía y reflexividad de la psicología en tanto campo científico (Bourdieu, 2003; Bourdieu & Wacquant, 1995), resulta fundamental tanto para evitar recaer en proyectos monolíticos que nieguen la identidad plural de la psicología moderna, como para caer en aquella nueva forma de dogmatismo que consiste en la celebración de la dispersión y fragmentación del campo como un valor en sí mismo y por sí mismo independiente de su legitimidad argumentativa (Vezzetti, 1998).

A la luz de lo arriba señalado, en el presente artículo nos proponemos desplegar una de las *hebras* que pueden contribuir a la construcción de aquel "horizonte de diálogo que soporte diferencias profundas en los criterios y tradiciones del saber" al que se refiere Vezzetti. Nos referimos al reconocimiento de la profunda imbricación entre la historia y la actualidad de la psicología y aquello que podemos denominar como el horizonte sociocultural de la modernidad.

Como sabemos, la psicología en tanto disciplina científica, en tanto campo académico-profesional interesado en el conocimiento (secular, sistemático, racional y empíricamente fundado), el control y la transformación de las conductas y subjetividades individuales, es una empresa del mundo moderno, que obtiene su sentido, su legitimidad (o ilegitimidad) ética, sus condiciones de posibilidad e incluso su eficacia solo al interior del horizonte sociocultural de la modernidad (Danzinger, 1984, 1996; Figueiredo, 2002; Graumann & Gergen, 1996; Kaulino, 1999; Kvale, 1999; Rose, 1996b; Stecher, 2000, 2002).

Desarrollar esta idea, dando cuenta de las complejas y múltiples articulaciones entre el proyecto de la psicología, en su unidad problemática y plural, y el devenir histórico de las sociedades modernas, nos entrega una perspectiva desde la cual comprender, abordar e interrogar con mayor lucidez y conciencia crítica aquel territorio disciplinar de límites difusos, la Psicología, donde conviven las distintas psicologías contemporáneas. Como escriben Gergen y Graumann (1996) "...La teoría científica no puede desligarse de la historia,

más aún, el entendimiento psicológico es en sí mismo un *hijo y servidor* de los procesos históricos y culturales. Sin una comprensión reflexiva de su contexto histórico, el campo (de la psicología) se mueve desorientado hacia el futuro”²⁸ (p. 1).

En el marco de esa discusión general sobre psicología y modernidad y en el esfuerzo por contribuir a marcos de sentido que permitan comprender la heterogeneidad y promover el diálogo dentro de la psicología contemporánea, las dos tesis que nos interesa proponer y desarrollar son las siguientes:

- (i) La subjetividad individual, el proyecto de construcción de un saber racional y la diversidad de intereses sociales presentes en los procesos de modernización se constituyen en tres anclajes, tres “componentes” del horizonte sociocultural de la modernidad desde los cuales es posible pensar *la dialéctica de unidad y diferenciación que definen la identidad problemática, plural e histórica del proyecto de la psicología*.
- (ii) El campo académico-profesional de la psicología, además de ser expresión y estar condicionado por las dinámicas de la modernidad, ha jugado un papel importante en la configuración de las formas subjetivas y de lazo social que caracterizan a las sociedades modernas. La posibilidad de interrogar en términos ético-políticos las diferentes implicancias del saber y las técnicas psicológicas en los sujetos y la sociedad podría arrojar otra clave para pensar la dialéctica de unidad y diferenciación que constituye la disciplina.

Estas dos tesis, como esperamos mostrar, nos entregan ciertas coordenadas para entender y discutir la pluralidad teórica de nuestra disciplina, lo que resulta indispensable para promover un horizonte de diálogo y discusión racional entre la diversidad de perspectivas que alberga la psicología contemporánea.

Con miras a desarrollar nuestra argumentación en torno a estas dos tesis hemos dividido el presente trabajo en las siguientes cuatro partes:

Un primer apartado donde presentamos una caracterización general de la modernidad relevando los tres ejes –subjetividad, construcción de saber racional, modernización e intereses sociales– que proponemos como clave para pensar el campo de la psicología. Una segunda parte donde buscamos ilustrar el modo en que estos tres ejes permiten pensar, al mismo tiempo, la unidad y la pluralidad

²⁸ Traducción libre del texto original.

del territorio de la psicología. Un tercer apartado donde trabajamos la segunda tesis que nos interesa desarrollar relativa a las implicancias, y su posible valoración ético-política, que han tenido en las sociedades modernas los saberes y técnicas psicológicas. Una cuarta y última parte a modo de cierre del capítulo.

1. El horizonte sociocultural de la modernidad

El propósito de este apartado es situar a partir de algunas coordenadas generales aquel *objeto* esquivo y problemático al que nos referimos al hablar de la modernidad. Tarea ésta incómoda pero necesaria. Incómoda porque es imposible dar cuenta en unas pocas páginas de la complejidad, tensiones, multidimensionalidad y ambivalencias del horizonte sociocultural de la modernidad en su generalidad y en sus diversas actualizaciones históricas. Necesaria porque la apelación a la articulación entre la psicología y la modernidad, como clave de inteligibilidad e interrogación crítica de la pluralidad de la psicología contemporánea, exige explicitar mínimamente una cierta lectura de aquel horizonte sociocultural.

Al hablar de la modernidad nos referimos a una constelación de discursos, instituciones, prácticas, sujetos y experiencias vitales que configuran una particular condición de la historia que se empieza a configurar a partir del siglo XVII y que se ha expandido en amplitud y profundidad hasta nuestros días (Casullo, 1999; Berman 1995; Brunner, 1992). En una clave más sociológica podemos decir que la noción de modernidad "se refiere a los modos de vida u organización social que surgieron en Europa desde alrededor del siglo XVII en adelante y cuya influencia, posteriormente, los ha convertido en más o menos mundiales (...) Las formas de vida introducidas por la modernidad arrasaron de manera sin precedentes todas las modalidades tradicionales del orden social. Tanto en extensión como en intensidad, las transformaciones que ha acarreado la modernidad son más profundas que la mayoría de los tipos de cambio característico de períodos anteriores. Extensivamente han servido para establecer formas de interconexión social que abarcan el globo terráqueo, intensivamente, han alterado algunas de las más íntimas y privadas características de nuestra intimidad" (Giddens, 1993, pp. 15-18).

La sociología, en sus inicios como disciplina académica, se dio como tarea el caracterizar a las sociedades modernas y el dar cuenta de aquel principio o eje estructurante que marcaría la diferencia entre estas sociedades y las sociedades tradicionales. Son conocidas en ese sentido las distinciones entre

solidaridad mecánica y orgánica en Durkheim, entre comunidad y sociedad en Tonnies, entre sociedades militares e industriales en Spencer, entre estatus y contrato en Maine, entre economías monetarizadas y no monetarizadas en Simmel (Sayer, 1994). Más conocidas y más influyentes aún han sido las tesis de Marx que vio en el modo de producción capitalista la fuerza revolucionaria, el demiurgo del mundo moderno “la luz general que tiñe todos los demás colores y los altera según su cualidad específica” (Marx, en Sayer, 1994, p. 24); así como las tesis de Weber de que son los procesos de racionalización de la cultura y la vida en general –en tanto aplicación deliberada, metódica y sistemática de reglas y de cálculo con arreglo a ciertos fines– lo que marca el desencantamiento propio del mundo moderno y su ruptura con las sociedades regidas por el tradicionalismo.

Señalamos esto simplemente para relevar que la descripción y conceptualización de las sociedades modernas es un campo de debates donde distintas perspectivas reconstruyen el origen, devenir, heterogeneidad (y término, en algunos casos) de las sociedades modernas a partir de distintos marcos conceptuales y principios explicativos. Antes de apelar a Castoriadis, Wagner y Larraín para proponer una particular definición de los “contenidos esenciales de la modernidad” permítasenos una aproximación más *impresionista* a aquel territorio socio-cultural que opera como condición de posibilidad y marco de sentido del desarrollo de la psicología.

Imaginar lo que ha sido la modernidad requiere atender al progresivo despliegue de procesos tales como las revoluciones democráticas, la expansión de la ciudadanía y sus derechos como estatus legal de los miembros de una comunidad política, así como la consolidación del Estado-nación soberano y su red de instituciones que administra, controla y construye el espacio nacional. Exige reconocer el desarrollo del capitalismo, su incesante búsqueda de acumulación de capital a través de procesos de crisis y expansión, el desarrollo de los mercados nacionales y mundiales, los procesos de industrialización y división del trabajo, la abstracción, instrumentalización y mercantilización de los vínculos sociales, la emergencia de una sociedad del trabajo, la estratificación en clases sociales, así como la enajenación y explotación del trabajador por parte del capital. Requiere considerar la consolidación de la racionalidad científica como matriz de distinciones y presupuestos básicos de lo real y el conocimiento, la progresiva objetivación, explotación y dominio de la naturaleza, el desarrollo

de las disciplinas científicas como práctica social y fuente de conocimiento legítimo, así como el explosivo desarrollo de tecnologías (medicamentos, ferrocarril, telégrafo, televisión, motores, ampolla eléctrica, etc.) y saberes expertos (pilotos, psicólogos, gasfiteros) que transformaron todas las prácticas sociales. Exige atender a los procesos de urbanización y migración del campo a la ciudad, a la consolidación de la ciudad como hábitat privilegiado del sujeto moderno, así como a la abstracción y formalización del espacio y el tiempo. Nos demanda atender al desarrollo de una sociedad que produce al individuo como categoría social fundamental a partir de la cual se organiza la producción, el intercambio, el conocimiento, el control, etc. Exige dar cuenta del dinamismo y cambio constante que caracterizan el clima moderno, la fugacidad, el carácter efímero y contingente del que hablaba Baudelaire, aquel proceso en que las fuerzas modernizadoras una y otra vez llevan a "que todo lo sólido se desvanezca en el aire". Requiere atender a toda la tradición de los debates del pensamiento filosófico moderno que se ha interrogado una y otra vez (buscando fundar o deconstruir) por el sujeto, la historia, la razón y la verdad. Exige considerar el itinerario de producciones artístico-culturales, los diversos modernismos que han buscado responder en clave estética a las condiciones de modernidad determinadas por particulares procesos de modernización. Exige pensar la emergencia, separación y relaciones entre el espacio público y el espacio privado e íntimo que emerge progresivamente en las sociedades modernas y que articula, junto al desarrollo económico y cultural, un particular orden de género. Requiere atender a los distintos metarrelatos e ideologías que han buscado construir una narrativa de progreso y desarrollo que otorgue, sentido y validez a los impulsos modernizadores. Por último, se requiere considerar la historia de los distintos actores que promueven (o se resisten a) particulares formas de modernización, así como la experiencia (de libertad, malestar, soledad, angustia) de una subjetividad individual arrojada a las turbulentas condiciones de la vida moderna²⁹.

²⁹ Respecto a este último punto de la modernidad como experiencia es iluminador lo que nos señala Marshall Berman: "Hay una forma de experiencia vital –la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida– que comparten hoy los hombres y mujeres de todo el mundo. Llamaré a ese conjunto de experiencias 'la modernidad'. Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimientos, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos (...) la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine (continúa en la página siguiente)

Esta enumeración no es exhaustiva ni rigurosa, y no aborda el problema principal que es la articulación conceptual e histórica de esa diversidad de procesos, en sí mismos heterogéneos, que han modelado la sociedad en que vivimos y el tipo de sujetos que somos. Busca simplemente ilustrar la diversidad de registros (económicos, políticos, estéticos, filosóficos, existenciales, etc.) desde los cuales es posible interrogar lo moderno, y mostrar cómo ese entramado de discursos, instituciones y experiencias, con sus luces y sombras, y con sus particulares matices tardomodernos, sigue siendo nuestro horizonte sociocultural de referencia.

Conviene recordar, por otra parte, que sólo bajo el alero de la modernidad han sido posibles las ciencias sociales y humanas (la psicología entre ellas), las que a su vez han hecho de la modernidad y sus contradicciones su principal objeto de indagación. Como escribe Taylor, "El problema número uno para la ciencia social moderna fue desde el comienzo la modernidad misma: esa amalgama histórica de prácticas y formas institucionales sin precedentes (la ciencia, la tecnología, la producción industrial, la urbanización); de nuevas formas de entender la vida (el individualismo, la secularización, la racionalidad instrumental); y de nuevas formas de malestar (la alienación, la pérdida de sentido, la anticipación de una disolución social inminente)" (Taylor, 2006, p. 15).

Para los efectos de nuestra argumentación en este capítulo, nos gustaría trabajar con la conceptualización de la modernidad propuesta por Castoriadis y desarrollada en términos más sociológicos por Peter Wagner. Parte de sus méritos, como veremos, es que permite condensar en un núcleo de sentido acotado la diversidad de procesos y dimensiones, como los mencionados líneas arriba, que se asocian a la condición moderna.

Para Castoriadis (1997, 2006) cualquier orden socio-histórico puede ser definido a partir del conjunto de significaciones imaginarias que define la forma particular en que dicha sociedad habita el mundo. En cada sociedad estas significaciones imaginarias cumplirían tres funciones: Por un lado, dichas significaciones estructuran el modo particular como una cultura se representa el mundo. El mundo moderno no es el mundo animista, así que vemos la luz de las luciérnagas como un fenómeno eléctrico de ciertos insectos y no como los ojos

de las ánimas del bosque. Por otro lado, "las significaciones imaginarias sociales designan las finalidades de la acción, imponen lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer, lo que es bueno hacer y lo que no lo es" (Castoriadis, 1997, p. 158). Así, para las sociedades modernas es importante ampliar la autonomía de los sujetos, acumular fuerzas productivas e incrementar nuestro dominio sobre la naturaleza y no, por ejemplo, organizar la sociedad en función de la adoración a algún Dios. Por último, o en tercer lugar, dichas significaciones establecen los tipos de afecto característicos de una sociedad. Así, por ejemplo, la Fe sería un afecto particular creado por el cristianismo. Estas tres dimensiones –de representaciones, finalidades y afectos– de las significaciones imaginarias se concretizan en un conjunto de instituciones y prácticas sociales (la familia, la tribu, la escuela, el clan, la nación, el sentido común, etc.) que reproducen y mantienen el imaginario particular de cada sociedad. Es importante tener en cuenta que las representaciones imaginarias no son un conjunto de ideas, es más bien aquella matriz que encarnada en diversas instituciones hace posibles las prácticas de una sociedad al darles sentido.

Desde esta perspectiva Castoriadis planteará que son dos las significaciones imaginarias claves para comprender la especificidad del horizonte socio-histórico de la modernidad.

Por un lado el proyecto de **autonomía** (individual y colectiva) que alude a la institución de un tipo de sociedad y de individuo capaz de actuar deliberada y explícitamente para modificarse a sí mismo (Castoriadis, 1998). Esta significación instala como principio el derecho y deber de cada individuo y de cada comunidad política de darse a sí misma su propia ley. La autonomía da cuenta de la "autoinstitución permanente y explícita de la sociedad; es decir, un estado donde la colectividad sabe que sus instituciones son su propia creación y se ha vuelto capaz de mirarlas como tales, de retomarlas y de transformarlas" (Castoriadis, 2006, p. 69). Se trata de una sociedad que rompe con la heteronomía, que se da a sí misma sus propias leyes, reconociéndose como fuente de las mismas. La autonomía social es sólo posible en un régimen efectivamente democrático donde todos los individuos participan efectivamente en la instauración de las leyes bajo las cuales viven. No hay autonomía ahí donde existen instituciones que "expresan y sancionan una estructura de clase y de poder, o bien donde se autonomizan y cobran una vida propia independiente

de la deliberación de los individuos en la esfera pública" (Lundt, 2006, p. 4). Así como no hay autonomía individual sin autonomía colectiva, así tampoco existe autonomía social sino ahí donde existen individuos autónomos.

Esta significación de autonomía encuentra una de sus primeras formulaciones en el discurso ilustrado, en el "atrévete a saber" kantiano que expresa la promesa y exigencia de avanzar a un nuevo orden social que ya no sea tutelado ni forjado a imagen y semejanza de principios religiosos y tradicionales, sino que forjado a la luz de la razón humana. Esta significación incluye la idea de la libertad personal, de un sujeto individualizado, cuya identidad ya no es algo dado e impuesto desde fuera sino un proyecto de construcción y expresión individual. Supone también la idea de democracia como expresión de la autonomía social que es indesligable de la autonomía individual.

Tenemos así una significación imaginaria que se expresa en las revoluciones políticas modernas, en la libertad de expresión, en el derecho a la libre asociación y el libre intercambio, en la libertad de la ciencia a buscar racionalmente la verdad, en el respeto a la pluralidad de creencias religiosas y formas de vida garantizadas por un estado de derecho democrático que no impone a sus ciudadanos ninguna idea sustancial del bien.

La segunda significación imaginaria dice relación con el proyecto de expansión del **dominio racional** o **control** sobre la naturaleza, las cosas y los seres humanos, que históricamente se ha expresado en el despliegue del capitalismo, la racionalización instrumental y la regulación sobre los objetos, la sociedad y los sujetos que han permitido ciertos saberes y técnicas científicas.

Castoriadis (1997) ha señalado que las sociedades modernas se instituyeron en torno a estas dos significaciones centrales, opuestas a las de la cosmovisión cristiana medieval. "Se trata por una parte, de la significación de la expansión ilimitada de un supuesto dominio pretendidamente racional sobre todo, naturaleza tanto como seres humanos, que corresponde a la dimensión capitalista de las sociedades modernas. Por otra parte, se trata de la significación de la autonomía individual y social, de la libertad, de la búsqueda de formas de libertad colectiva, que corresponden al proyecto democrático, emancipador, revolucionario" (Castoriadis, 1997, p. 161).

Estas dos significaciones irreductibles entre sí, sus tensiones y diversas formas de institucionalización constituyen el núcleo del universo sociocultural de la modernidad (Larraín, 2005). Así, pensar la modernidad es atender al hecho de que "todas las prácticas modernas contienen dos impulsos, el del aumento de la autonomía y el de la ampliación del dominio racional, y que ambos significados pueden incorporarse a todas las prácticas sociales convertidas en hábitos en todas las instituciones modernas" (Wagner, 1997, p. 61).

A modo de ejemplo, podemos observar cómo una institución moderna como la escuela pública encuentra su sentido en, por un lado, su promesa de entregar a sus estudiantes conocimientos racionales y virtudes cívicas indispensables para forjarlos como sujetos autónomos y ciudadanos democráticos, y, por otro lado, su función de disciplinamiento y control de los cuerpos con miras a su inserción futura en la producción industrial y el arriendo de su fuerza de trabajo al capital.

Lo interesante de la lectura que Wagner hace de Castoriadis, es que da lugar a una aproximación interpretativa de la modernidad, donde estas dos significaciones imaginarias son objeto de disputas históricas respecto al modo adecuado de interpretarlas, de articularlas y de implementarlas a través de instituciones concretas (¿debe priorizarse la autonomía individual como señalan las tradiciones liberales, o más bien la autonomía colectiva como plantean perspectivas más republicanas, o deben articularse ambas como proponen autores como Habermas y el mismo Castoriadis?, ¿el despliegue del control y dominio instrumental es sólo realizable a través del capitalismo?). Muchas veces, por ejemplo, se pensó que el aumento del dominio o control sobre la naturaleza, junto al incremento en la productividad y organización, redundarían inevitablemente en un incremento de la autonomía de los sujetos; otros autores siguiendo a Weber han cuestionado esa ecuación ilustrada relevando cómo la racionalización del mundo, la formalización de lo social impulsada por la racionalidad científicista han terminado por encerrar al hombre en una 'jaula de hierro', por eliminar toda autonomía individual en las redes de la racionalidad burocrática.

Como escribe Larraín, la autonomía y la racionalidad (orientada al control) son "ambivalentes en sí mismas y su relación mutua está cargada de tensiones que permiten la apertura de un espacio interpretativo consistente con una variedad

de formas institucionales. En otras palabras, la propuesta central de Wagner³⁰ es que no hay un solo tipo de institucionalización, o de respuestas concretas a los desafíos planteados por la búsqueda la autonomía y el control racional. Es en este sentido que se puede hablar de distintas trayectorias a la modernidad³¹ (Larraín, 2005, p. 25).

Desde esta perspectiva, los procesos de modernización –es decir aquellas dinámicas de cambio político, económico y cultural que promueven la penetración de las significaciones imaginarias de la modernidad en el tejido social, conduciendo a la sociedad hacia formas más complejas y avanzadas de libertad y democracia, por un lado, y de organización, control y producción, por otro (Larraín, 2005)– son también campo de disputas donde distintos actores, desde distintas posiciones de poder, luchan por imponer una particular interpretación e institucionalización de las significaciones imaginarias modernas.

A la luz de las consideraciones anteriores se puede caracterizar el proyecto político de la modernidad, inspirado normativamente por el principio de autonomía, igualdad y democracia, como la aspiración a la construcción de un nuevo orden social pacífico donde el incremento del dominio y control sobre la naturaleza esté al servicio de la ampliación de la autonomía de todos los sujetos, y no de una sociedad donde el predominio de las lógicas de racionalización y dominio instrumental impidan la autonomía de los sujetos o estén al servicio de la explotación de unos muchos por unos pocos. Se trata de avanzar hacia sociedades capaces de articular –y esa es la función de la política democrática– en un

³⁰ A la luz de su conceptualización Wagner plantea que no hay razón para pensar las sociedades actuales como posmodernas, en la medida que nuestras sociedades seguirían estando regidas por las dos significaciones imaginarias que configuran el horizonte moderno. Si bien reconoce el tránsito de un momento de la modernidad (lo que denomina como modernidad organizada) a otro momento de la misma (lo que denomina como modernidad liberal ampliada, y lo que nosotros preferimos llamar modernidad tardía o escenario tardomoderno), dicho tránsito no debe ser pensado en términos de una finalización del orden socio-histórico moderno. Tal como el mismo escribe, pensamos que “Es absolutamente seguro que las crisis actuales no significan el fin de la modernidad entendida como configuración social. Señalan más bien la transición hacia una nueva etapa. A pesar de ciertas dudas intelectuales, el doble significado imaginario de la modernidad parece en gran parte incólume y totalmente intacto” (Wagner, 1997, p. 52).

³¹ Larraín señala que dicha comprensión interpretativa de la modernidad permite pensar la especificidad del recorrido de la modernidad latinoamericana, sin necesidad de juzgarla o valorarla únicamente en función de su cercanía o distancia a los procesos institucionales de los países desarrollados.

proyecto liberador la emancipación de la subjetividad y la autonomía colectiva, por un lado, con el necesario³² incremento de la racionalización y diferenciación de sistemas sociales y de la capacidad de control y dominio instrumental sobre la naturaleza y la sociedad, por otro lado.

Las sociedades modernas han sido el escenario de las sucesivas tensiones, avances y fracasos en la implementación de ese proyecto al compás de las diversas ofensivas modernizadoras desde las elites, y desde movimientos populares que exigen ser incluidos en los beneficios de la modernidad reclamando su derecho a participar como iguales en la comunidad política, en la cultura y en los intercambios económicos. Este carácter ambivalente instala una y otra vez la pregunta respecto a sí ¿favorecen realmente las instituciones y sociedades modernas el proyecto de autonomía individual y emancipación universal que ellas mismas proclaman, o más bien, la modernidad ha sido dominada por el despliegue de la racionalización instrumental, de la lógica de control y formalización de la subjetividad asociadas al despliegue del capitalismo y de la burocracia estatal que han debilitado, subyugado y colonizado la ampliación de la autonomía individual y colectiva de los sujetos?

Como señala Wagner, la modernidad ha producido permanentemente descripciones de sí misma tanto en términos de liberación como en términos de sometimiento. Piénsese en el caso de Chile y sus oleadas modernizadoras de las tres últimas décadas en el marco de la expansión de un capitalismo global-informacional. Para algunos, los procesos de crecimiento económico, de desarrollo tecnológico, de ampliación de oportunidades educativas, de interconexión con las redes globales de consumo, de mayor individualización tanto de hombres como mujeres, entre otros aspectos, configuran la imagen de una progresiva liberación. Para otros, la pluralización e individualización de las sociedades contemporáneas son parte de nuevas formas de sujeción a la lógica de un capital global desregulado que a través de la cultura del consumo,

³² Es importante subrayar el uso del adjetivo necesario. El proyecto de la modernidad supone la ampliación del control de la naturaleza y la sociedad, lo que es uno de los fundamentos de la autonomía. En ese sentido, no se trataría de pensar en términos de una significación buena (la autonomía) y una mala (el control y dominio), sino de la articulación de ambas al servicio de la emancipación. Lo problemático es la reducción de la modernidad a la mera racionalización instrumental y el uso del control al servicio de un sistema de dominación que anula toda posibilidad de genuina autonomía individual y colectiva.

la precariedad del trabajo y la despolitización de la vida pública, anula cualquier posibilidad de autonomía y acrecienta día a día las desigualdades, distribuyendo en forma absolutamente desigual los beneficios de la modernización.

En nuestra opinión es necesario desarrollar perspectivas que incorporen estos dos perfiles de la modernidad, "reconociendo que la libertad y la sujeción son las características básicas de la condición moderna (...) teniendo siempre en cuenta, tanto en términos analíticos como normativos, la ambigüedad y ambivalencia que son inherentes al proyecto moderno" (Wagner, 1997, pp. 16-35). Como argumentaremos más adelante, esta misma perspectiva resulta necesaria para interrogar el devenir de la psicología moderna.

Ahora bien, para terminar este apartado sobre la modernidad, nos interesa relevar tres ejes de la misma que pueden ser pensados como los principales anclajes del proyecto de la psicología moderna. Lo que nos interesa, más allá de la caracterización general propuesta y de la afirmación de que la psicología no puede ser sino pensada en su profunda imbricación con el devenir de las sociedades modernas, es precisar tres rasgos de lo moderno que permiten comprender la dialéctica de unidad y diferenciación que define la plural identidad de la psicología.

La subjetividad y el individuo moderno

Una de las características centrales de la modernidad, con su progresiva ampliación e institucionalización de las significaciones de autonomía y control, es la emergencia de una forma de experiencia y (auto) comprensión de la agencia humana en términos de una individualidad independiente con un espacio de interioridad psicológica. Como escribe Rose (1996a), en las sociedades modernas "la persona es construida a la manera de un yo, una entidad naturalmente única y discreta, en la que los límites del cuerpo, como por definición, encierran la vida interior de la psiquis donde se inscriben las experiencias de la biografía individual (...) la persona se piensa como un locus natural de creencias y deseos, con capacidades inherentes, como el origen incontestable de acciones y decisiones, como un fenómeno estable que muestra consistencia en distintos contextos y momentos" (p. 1)

La subjetividad individual privatizada si bien está encarnada en un cuerpo y en la sociedad se piensa como un dominio de la realidad (lo psíquico, la conciencia)

que sigue sus propias leyes, y que supone un espacio de interioridad donde encontramos una conciencia racional; un conjunto de pasiones, sentimientos y deseos; una voluntad en tanto los sujetos tenemos intenciones y tomamos decisiones; y un sí mismo reflexivo que da cuenta de que no sólo somos conscientes sino también autoconscientes, pudiendo tomarnos reflexivamente a nosotros mismos como objeto (Scruton, 1999).

El despuntar, en el plano del pensamiento y de la experiencia, de este individuo moderno, debe entenderse como señala Taylor (2006), al compás de la ruptura de la cosmovisión religiosa y de la emergencia de un nuevo orden moral secular, que supone la comprensión del espacio social como algo que existe para el beneficio de individuos autónomos (seguridad mutua, posibilidad de intercambio) y en defensa de sus derechos, y no como una estructura jerárquica inmutable que se corresponde con la jerarquía del cosmos, como en diversas sociedades tradicionales. "El orden moderno no confiere ningún estatus ontológico a la jerarquía ni a ninguna estructura particular de diferenciación (...) la idea básica del nuevo orden normativo es el respeto mutuo entre los individuos que integran la sociedad. Las estructuras existentes han sido creadas para servir a esos fines y son valoradas instrumentalmente en relación a ellos" (p. 25).

En las sociedades modernas, el agente humano en tanto individuo, más que engranaje de un orden jerárquico inmutable del cual obtiene su sentido y dignidad, será pensado como centro y origen, como objeto y destinatario, de toda acción y pensamiento. Las prácticas e instituciones sociales se organizarán a partir del individuo que ellas mismas producen: como ciudadano y sujeto de derechos, como estudiante que aprende y es calificado en forma individual, como sujeto que delinque y es responsabilizado y castigado en forma individualizada, como mano de obra asalariada que individualmente arrienda su fuerza de trabajo al capital, como subjetividad singular que expresa en sus producciones estéticas su mundo interior, como sujeto de deseo que busca unirse libremente a otro igualmente individual a quien ama. Si el proyecto moderno de autonomía y control tiene algún sentido y viabilidad es a partir de este individuo que encarna la posibilidad de construir libremente su vida dando forma a su propia identidad, de asociarse con otros para construir en base a la deliberación racional un orden democrático, de desarrollar haciendo uso de su conciencia racional un saber científico que permita controlar la naturaleza e intensificar la producción de bienes. Ese mismo individuo es el que como cuerpo y psique

deberá ser controlado y regulado, desde el estado, la empresa, la industria, la escuela, las industrias culturales, la familia, para que se ajuste a la normalización y disciplinamiento que la expansión moderna del capital y la racionalización instrumental exigen continuamente. Es el mismo individuo potencialmente autónomo el que será excluido y marginado de los beneficios de la modernidad al ser clasificado en categorías que anuncian aquello que le sobra o le falta: el loco sin razón, el obrero sin educación, la mujer invadida por sus pasiones, el niño carente del desarrollo de sus facultades, el extranjero ajeno a los valores modernos, el campesino recluido en su cosmovisión tradicional.

En esta autocomprensión y experiencia del individuo moderno –que primero existió como discurso filosófico, posteriormente como experiencia de ciertas élites de hombres del primer mundo blancos y propietarios, y que finalmente se expandió al compás de los procesos de modernización, como posibilidad y/o promesa de autonomía y como condena de disciplinamiento, a la gran mayoría de los agentes humanos de nuestras sociedades– confluyen tanto retazos del romanticismo como de la ilustración. Este individuo es interpelado a afirmar el valor de la autenticidad, a trabajar en la expresión/articulación de su propia identidad para poder así autorrealizarse como sujeto singular; al mismo tiempo este individuo es habitado por pasiones y sueños que lo conmueven y movilizan, y es consciente del desgarramiento, angustia y sufrimiento que supone haber sido desligados del orden tradicional y sus certidumbres, al compás de los procesos de secularización y del desencantamiento del mundo. Pero al mismo tiempo, en esta autocomprensión del individuo moderno, encontramos imágenes de raigambre liberal ilustrada que nos hablan de un individuo racional, estratégico, dueño de sí mismo, capaz de autodeterminarse y participar en un horizonte universalista e igualitario con los otros miembros de la sociedad (Taylor, 1997).

Tan importante como la afirmación ilustrada y romántica del sujeto como subjetividad privada individual, será, en el plano del concepto y la experiencia, la constatación y reflexión en torno a la crisis y los límites de dicha subjetividad. Así, en el marco de la acelerada expansión del capitalismo industrial, la urbanización y la regulación estatal desde mediados del siglo XIX se instalará en la cultura moderna la idea de que aquella subjetividad privada es menos libre, racional, singular y autocontenida de lo que inicialmente se pensó, y que su destino depende mucho más de fuerzas sociales que no domina que de una supuesta conciencia racional, coherente y constante. Marx, Freud,

Mead, por poner algunos ejemplos, son expresión de esta perspectiva que releva que la subjetividad individual es un producto de las relaciones sociales y no la causa autosuficiente de la acción humana (Larraín, 1996).

Es importante, así, entender que esta autocomprensión del individuo moderno, con sus límites y tensiones³³, es un trasfondo en sí mismo heterogéneo que más allá de ciertos trazos compartidos abrirá la posibilidad de una diversidad de formas de experiencia y conceptualización en el horizonte de la modernidad.

Para los efectos de este capítulo, lo que interesa resaltar es que esta subjetividad individual privada –en su afirmación y en el reconocimiento de sus límites, contradicciones y determinaciones– que despunta en la modernidad como concepto, experiencia y proceso social, es una de las condiciones de posibilidad del desarrollo del proyecto de la psicología (Figueiredo, 2002).

Es importante recordar, por último, que además de en un plano más sociológico –que da cuenta de cómo las instituciones modernas, partiendo por la familia, sostienen formas de socialización que producen al agente humano como subjetividad individual, el que con sus prácticas reproduce recursivamente las mismas instituciones que lo constituyen– la subjetividad individual tendrá un lugar central en el plano de la reflexión filosófica y de la fundamentación del proyecto moderno (Habermas, 1993). El sujeto en tanto conciencia racional se constituirá, y ahí la referencia obligada es Descartes, en el nuevo fundamento a partir del cual re-organizar racionalmente un mundo secularizado. El abandono de los tutelajes heterónomos que marca el proyecto de autonomía que inaugura la modernidad no implica una entrega al sin sentido, sino por el contrario la exigencia de un nuevo fundamento, una nueva certeza autónoma que haya superado la prueba de la crítica racional. La razón subjetiva habrá de convertirse en lo incondicionado en el orden de las condiciones. Se ha hablado de un desplazamiento de la metafísica del ser a la metafísica de la subjetividad. El hombre y su razón se convierten en la *ratio*, en el eje organizador de un mundo que sólo puede aparecer como re-presentado en la conciencia del sujeto. Estamos así ante el sujeto y su razón como fundamento: razón que es objetivación, control

³³ Diversos autores han planteado que el surgimiento de la psicología como disciplina científica está vinculada, directamente, a esa conciencia de crisis de la subjetividad individual, y al esfuerzo por explicar y gestionar sus determinaciones, fallas, tensiones y anomalías (Figueiredo, 2002; Foucault, 1957).

y administración racional del mundo, que es proyecto de dominio, autoría y autonomía. Estamos ante un sujeto centrado en su conciencia que tiene la posibilidad de definir, conocer, establecer los regímenes de verdad y ordenar el mundo a través de la creencia casi religiosa en una correspondencia entre la representación, la palabra y el mundo. •

Este sujeto individual, además de conciencia racional capaz de acceder a lo universal y producir un conocimiento legítimo sobre el mundo, será, en el plano de la reflexión normativa, el destinatario de los derechos que funda la ciudadanía moderna y el asiento de la dignidad moral en un mundo secularizado. Así, a partir de esta centralidad del sujeto como fundamento³⁴ del proyecto epistémico, político y moral de la modernidad se inaugurarán toda una serie de debates que nos hablarán de su grandeza, o de su mísera e ilusoria racionalidad. Como escribe Vilar “el pensamiento filosófico de los últimos 400 años puede leerse, de modo ambivalente, como pensamiento del sujeto o contra el sujeto, pensamiento de la grandeza del sujeto o de su miseria, sujeto de su exaltación o de su irrealidad, de su poder o de sus límites. Pero en cualquier caso como pensamiento acerca del sujeto o en torno a él mismo. Sin la noción de sujeto bien puede decirse que no habría aquello que denominamos pensamiento moderno. Esta centralidad obedece a razones externas, sociológicas e históricas, y a razones internas de la filosofía propias de la lógica conceptual y su contrastación con la experiencia” (Vilar, 1996, p. 64)³⁵.

³⁴ Es importante relevar el carácter crítico y precario de la subjetividad individual propuesta inicialmente como certeza fundante del proyecto moderno. La conciencia racional en tanto fundamento es un fundamento que implica reflexivamente su propia disolución. Como señala Oyarzún (2001) “la racionalidad moderna es inseparable de su propia crisis, o expresado de otra suerte, la crisis de la razón es inherente a la instalación –metafísica, epistémica, práctica y técnica– de la razón misma. Instalar la razón implica criticarla, ponerla en conmoción: La duda en Descartes, la crítica en Kant, la negatividad en Hegel.” (p. 232).

³⁵ Esta centralidad se ilustra con un conjunto de interrogantes que acompañan a la modernidad desde sus inicios: ¿En qué medida puede una mente individual, singular y subjetiva llegar a conocer objetivamente un mundo exterior y distinto a ella? ¿Cómo es posible que individuos desvinculados, independientes y autónomos construyan un orden social y se sometan a un orden exterior a ellos mismos? ¿Terminados los fundamentos divinos y tradicionales cómo puede el sujeto establecer y fundamentar un nuevo y racional ordenamiento moral? Estas problemáticas epistemológicas, políticas y morales expresan la tensión entre lo universal del conocimiento, la política y la moral a la que aspira la modernidad y la singularidad y pluralidad de la subjetividad individual instituida como nuevo fundamento. En general será la razón en tanto facultad universal que habita

El proyecto de construcción de un saber secularizado

Otro rasgo del horizonte de la modernidad que nos interesa destacar es el proyecto de construcción de un saber secular sistemático y con algún tipo de validación empírica, que debía remplazar formas de conocimiento fundamentadas en la tradición o la religión (Wallerstein, 2003).

La modernidad se pensará a sí misma como una época que rompe con el mundo antiguo y su cosmovisión religiosa, que busca instalar progresivamente a la razón y su despliegue en distintos dominios como principio de organización de la convivencia y la experiencia de los sujetos (Casullo, 1999). Son justamente los procesos de racionalización de las distintas esferas de lo social los que deberían permitir, al mismo tiempo que expresar, el incremento de la autonomía y del control en las sociedades modernas.

En el plano del conocimiento, ese proceso de secularización llevará a afirmar a la ciencia como la única vía de acceso a un conocimiento legítimo y configurará progresivamente, fundamentalmente a partir del siglo XIX, una estructura de saber trimodal (ciencias naturales, ciencias sociales, humanidades) que con su red de disciplinas e instituciones pervive en términos generales hasta el día de hoy en nuestras universidades.

Como ha señalado el Informe de la Comisión Gulbenkain (Wallerstein, 2001, 2003) el primer paso en ese camino fue la sustitución de la teología por la filosofía como forma de saber dominante, es decir la pretensión de que fueran los mismos hombres y ya no Dios la fuente del saber y la garantía de su legitimidad. La figura del filósofo capaz de conocer a través del uso de su razón las regularidades del mundo irá reemplazando, desde el siglo XVI e incluso antes, a la pretensión de los sacerdotes de tener un acceso especial a las verdades divinas. Inicialmente no había una distinción clara entre filósofos y científicos, ambos eran parte de una misma lucha común por construir un saber racional que dejase atrás formas de conocimiento fundamentadas en la apelación a principios religiosos e inmutables. Así, cuando Spinoza o Hume escribían sus libros no se consideraban sociólogos

en la conciencia individual el eje mediador al que se apelará para fundar al sujeto de la ciencia, de la moral y de la política (Camps, 1999). Lo que algunos denominan como la filosofía psicológica de los siglos XVII y XVIII se articuló en gran medida en torno a estas interrogantes, muchas de las cuales pasarán a ser parte desde fines del siglo XIX de los programas de investigación de la psicología y las ciencias sociales en general.

o psicólogos, sino pensadores racionales que se interrogaban por las regularidades del mundo.

Un **segundo paso** en ese proceso, siempre haciendo un brevísimo resumen de lo planteado por el Informe Gulbenkain, fue la separación de la ciencia y la filosofía que terminó de cristalizar a fines del siglo XVIII. A medida que el trabajo experimental y empírico comenzó a ser más importante en el desarrollo de la ciencia, y que ciertos desarrollos tecnológicos fueron abriendo nuevas perspectivas respecto al impacto del saber científico en la economía y la sociedad en general, la filosofía comenzó a ser vista por los científicos naturales como un saber especulativo, poco validado empíricamente y con muchas menos implicancias tecnológicas. Poco a poco la noción de ciencia, que en su inicio significaba simplemente conocimiento, fue asociándose a los modelos de las ciencias naturales, dejando a la filosofía y las humanidades como formas de conocimiento diferentes y de menor jerarquía. Esta división en dos culturas, las ciencias y las humanidades, supuso separar la búsqueda de lo verdadero (en el polo de la ciencia), de la reflexión en torno a lo bello y lo bueno que quedó afincada en el territorio de las humanidades.

Esta distinción expresaba firmemente lo que puede considerarse como las dos premisas de la visión clásica de la ciencia. En primer lugar, una perspectiva mecanicista y naturalista del universo pensado como una máquina determinista gobernada por cadenas lineales de causas y efectos. Como escribe Wallerstein, la idea de "que existe un universo real material (...) que todo lo que existe en ese universo está gobernado por leyes naturales universales y que la ciencia es la actividad de descubrir cuáles son esas leyes. Que la única manera confiable o útil en que podemos conocer esas leyes es por medio de la investigación empírica (...) que incluye mediciones y que cuanto más precisas sean las mediciones mejor será la calidad de los datos. Que la expresión más adecuada de las leyes naturales es la expresión más simple que cubre el mayor número de fenómenos naturales (...) y que deberíamos ser capaces de expresar todo el saber en una ecuación. (...) En consecuencia, si conocemos una ley y conocemos las llamadas condiciones iniciales, podemos predecir o posdecir cuál será o fue la ubicación y medición de cualquier proceso en el futuro o en el pasado" (Wallerstein, 2001, pp.187-88). La segunda premisa de esta visión clásica de la ciencia fue el dualismo cartesiano, la suposición de que existe una distinción fundamental entre la mente y el cuerpo, los humanos y la naturaleza,

el mundo espiritual y el mundo físico (Wallerstein, 2003). La división entre ciencia (natural) y humanidades venía a actualizar de algún modo estas dos premisas, y a establecer una jerarquía entre el conocimiento científico "auténtico" que descubre las leyes naturales y permite controlar y predecir fenómenos, y otro saber, también racional pero de índole más singular, sobre las producciones culturales e históricas que sería visto durante mucho tiempo como con un estatus epistémico menor.

Un tercer paso está asociado al progresivo surgimiento de las ciencias sociales a fines del siglo XIX, como un campo del saber que se ubicaría entre las ciencias naturales y las humanidades. Al compás de los procesos de modernización, y de la necesidad del Estado de un conocimiento que le permitiera racionalizar el espacio social y legitimar su activa intervención sobre los cuerpos, las poblaciones y las subjetividades, fueron surgiendo desde el siglo XVIII un conjunto de nuevas categorías del conocimiento que buscaban otorgar un saber que permitiese la organización y control de los acelerados procesos de cambio social. Ante el fracaso del sueño ilustrado de un supuesto orden natural del orden social, y ante la amenaza permanente para las elites burguesas-liberales del conservadurismo monárquico y de la rebelión popular, las ciencias sociales aparecieron en el siglo XIX como una herramienta indispensable para gestionar las turbulencias del cambio social, para fundar una promesa de progreso en los desarrollos de un saber legítimo. Estas nuevas disciplinas –la historia, economía, ciencia política, sociología, antropología y estudios orientales– debían permitir reformar progresivamente las relaciones sociales, adaptar a los sujetos a los procesos de modernización, contribuir a la construcción de un imaginario nacional, y permitir "comprender" a todos aquellos otros no europeos (tribus o civilizaciones) que la expansión del capitalismo y los procesos de colonización introducían masivamente en la escena europea.

Como escribe Wallerstein (2003) "entre 1850 y 1945 una serie de disciplinas llegó a definirse como un campo del conocimiento al que se le dio el nombre de ciencia social. Eso se hizo estableciendo, en las principales universidades, cátedras en una primera instancia; luego departamentos que ofrecían cursos y finalmente títulos en esa disciplina. La institucionalización de la enseñanza fue acompañada por la institucionalización de la investigación - la creación de publicaciones especializadas en cada una de las disciplinas; la construcción de asociaciones de estudiosos según líneas disciplinares (primero nacionales,

después internacionales); la creación de colecciones y bibliotecas catalogadas por disciplinas. (...) Puede decirse que todo esto fue en gran parte una historia exitosa. El establecimiento de las estructuras disciplinarias creó estructuras viables y productivas de investigación, análisis y enseñanza que dieron origen a la considerable literatura que hoy consideramos como el patrimonio de la ciencia social contemporánea. Para 1945 la panoplia de disciplinas que constituyen las ciencias sociales estaba básicamente institucionalizada en la mayoría de las universidades importantes del mundo entero (...) siendo distinguidas (y legitimadas como un ámbito específico y diferentes al) de las ciencias naturales (...) y de las humanidades” (pp. 34-36).

Estos tres pasos dan cuenta de la progresiva división epistémica e institucional del saber moderno en ciencias naturales, ciencias sociales y humanidades. Al interior de ese proyecto de construcción de un saber racional y de sus progresivas divisiones hay que pensar el desarrollo del saber psicológico y su institucionalización progresiva junto con el resto de las ciencias sociales³⁶ a partir de las últimas décadas del siglo XIX.

Hay que señalar que en sus inicios, en el marco de la hegemonía del positivismo científico del siglo XIX y de las demandas de las elites modernizadoras por un conocimiento que permitiera el control y la predicción, las ciencias sociales en su gran mayoría buscaron identificarse con el modelo de las ciencias naturales, buscando encontrar las leyes universales de sus campos de estudio y relegando a un segundo plano aquellos intentos por construir un saber sobre la sociedad y los individuos basado en los métodos más comprensivos de las humanidades.

Para terminar conviene recordar, como lo señala el mismo informe de la *Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales* que venimos comentando, que una de las características de los debates de los últimos

* En su análisis Wallerstein no considera a la psicología como parte del campo de las ciencias sociales pues considera que la psicología terminó por definirse no tanto en el campo social sino principalmente en el campo médico, obteniendo su legitimidad de su vinculación con las ciencias naturales. No concuerdo con esta reconstrucción de la psicología hecha por Wallerstein. Aunque asociada a la medicina, la idea de psicoterapia implica justamente un espacio de trabajo en una subjetividad que no se reduce a sus bases biológicas. Sea como ciencia de la subjetividad o como ciencia del comportamiento, la psicología en su pluralidad, si ha de considerarse en alguno de los tres campos del saber, debiera incluirse en las ciencias sociales.

treinta años es el fuerte cuestionamiento a la visión newtoniana-cartesiana de la ciencia clásica, así como a la división trimodal del saber. El surgimiento de los Estudios Culturales, así como los Estudios de la Complejidad, estarían cuestionando desde dentro de las mismas ciencias (cuestionamiento que siempre estuvo en la reflexión filosófica) dichos presupuestos y promoviendo nuevas formas de reorganización y fundamentación del conocimiento a la altura de los nuevos desafíos de la humanidad (Wallerstein, 2001). Para los efectos de nuestra argumentación, lo que habría que remarcar es que esos nuevos debates y propuestas pueden inscribirse en el largo proceso (¿un cuarto paso?) de construcción de un nuevo saber racional sobre lo verdadero, lo bueno y lo bello que caracteriza a la modernidad, y por otro lado, que más allá de las críticas, las estructuras institucionales del saber siguen operando en nuestras sociedades en base a la triple división que hemos reseñado.

El proyecto político: procesos de modernización e intereses sociales

Uno de los rasgos distintivos de la modernidad es su carácter de proyecto político, su apuesta por construir activamente un nuevo orden social racional que permita alcanzar la autonomía, la igualdad y la fraternidad. La modernidad aparece como una promesa de prosperidad, emancipación y felicidad, la posibilidad de entender el orden social no como algo predeterminado en función de principios anteriores e independientes a los humanos, sino como algo que debe ser modelado por los propios miembros de la sociedad. Como escribe Lechner "la modernidad consiste en la ruptura con esa fundamentación trascendente y la reivindicación de la realidad social como un orden determinado por los hombres. Afirmando su autonomía, los individuos se hacen irremediablemente cargo de organizar su convivencia. La modernidad es ante todo un proceso de secularización: el lento paso de un orden recibido a un orden producido" (Lechner, 1988, p. 168).

La modernidad será vista como el inicio de una nueva época, de un tiempo que vive abierto al futuro y no al pasado. En el siglo XVIII, junto con la expresión de "época moderna", surgirán (o serán resignificados) una serie de conceptos y metarrelatos que aluden a la idea de movimiento, tránsito, desplazamiento desde un lugar a otro, en que lo que se observa esta es pretensión moderna de romper radicalmente con la tradición y construir un nuevo orden. Conceptos como los de revolución, progreso, emancipación, desarrollo, crisis, etc., pasarán

a formar parte de las representaciones con las que las sociedades modernas se piensan a sí mismas (Habermas, 1993).

Las sociedades modernas han sido el territorio donde a través de distintos procesos de modernización se ha buscado poner en marcha este proyecto que supone la ampliación de la autonomía y el control. Por cierto, y como ya hemos comentado, las sociedades modernas son también, y sobre todo, el territorio de los fracasos y las barbaries cometidos en nombre de la razón moderna. La explotación, desigualdad (intra e inter sociedades) e injusticia que caracterizan el despliegue del capital; la mecanización y racionalización burocrática de la sociedad; el disciplinamiento y control de los cuerpos y subjetividades, la colonización del mundo de la vida, la destrucción de la naturaleza y de otras formas culturales, son parte del legado de la modernidad, la cual puede y debe, sin embargo, ser criticada y reinventada permanentemente apelando a sus propios principios normativos.

Para los fines de nuestra argumentación lo que interesa señalar es que es en el contexto de los procesos de modernización de fines del siglo XIX y del siglo XX donde hay que situar el desarrollo de la psicología como disciplina científica. Las diferentes oleadas modernizadoras de las élites políticas y económicas, las resistencias a dichos procesos, las demandas modernizadoras de sectores de trabajadores que denuncian el carácter ideológico de la libertad liberal y exigen la ampliación de las promesas de la modernidad a nuevos sectores de la población, las consecuencias subjetivas y sociales de los procesos de industrialización y expansión del estado nacional, entre otros, configuran un campo de disputas, problemáticas e intereses sociales en relación a los cuales hay que entender la producción conceptual y práctica de las diferentes corrientes teóricas de la disciplina.

Si algo caracteriza la segunda mitad del siglo XIX es la crisis del pensamiento ilustrado en el marco de la crisis de las primeras sociedades modernas. Al compás de los procesos de industrialización, urbanización, crecimiento de la burocracia estatal, emergencia de nuevos actores y demandas sociales, movimientos monárquicos conservadores, la creciente visibilización de la llamada cuestión social, los movimientos nacionalistas, entre otros, se instala la convicción de que el orden racional esperado no emergerá espontáneamente a partir de la interacción libre de los individuos, sino que es necesaria una activa construcción de la sociedad

a partir de la intensificación dirigida de los procesos de racionalización. El Estado debía hacerse cargo de organizar activamente el orden social, de insertar a los individuos en distintos roles para que cada uno desde su lugar (el obrero en la fábrica, la mujer en el hogar, el soldado en la frontera, el niño en la escuela, etc.) contribuyera al proyecto modernizador. Como señala Touraine (1998), la ideología modernista imperante buscó transformar la "calma" Razón ilustrada en una activa voluntad de transformación incesante y total de los distintos ámbitos de la sociedad. Es decir, ya no se trata de pensar al sujeto como un agente libre e independiente que crea consensuada y racionalmente su orden social. Se trata ahora –ante el fracaso histórico del discurso ilustrado– de construir desde el estado y las clases dirigentes una sociedad administrada racionalmente. El sujeto, más que libre productor de su *polis*, es visto como un organismo que debe adaptarse a un entorno social en constante cambio y ajustarse al diseño instrumental del nuevo orden, única garantía de desarrollo y modernización. O, más radicalmente, la verdadera modernización se logra cuando todos los aspectos de la vida social, incluyendo el comportamiento y la subjetividad humana, logran ser administrados y controlados racionalmente.

Pensar la sociedad será analizar en qué medida la sociedad está modernizada, en qué medida ha dejado atrás los modos tradicionales de organización social, en qué medida, por último, la organización racional y planificada del orden social han llevado a conformar una sociedad nacional que en tanto totalidad racional señala el cumplimiento del sueño progresista.

Esta ideología modernista de fines del siglo XIX –que surge como respuesta a la crisis y turbulencias de las sociedades modernas y al fracaso del pensamiento ilustrado para construir un orden social– priorizará el logro de la integración, el orden y la racionalización social, subordinando la autonomía individual a estas metas para alcanzar así el progreso anhelado. Sólo una modernización controlada y conducida centralmente podía dar lugar a un orden integrado y pacífico, que al mismo tiempo que impulsaba activamente los cambios económicos, políticos y culturales del programa modernista, lograba gestionar y contener las fracturas, desarraigos y conflictos que los mismos procesos de modernización inevitablemente generan. Como ha señalado Wagner en todo el período que va desde la crisis de la sociedad liberal hasta el final de lo que él denomina como modernidad organizada (entre 1850 y 1970) encontramos que hay un progresivo desplazamiento desde las prácticas, restringidas

pero liberales –basadas en el libre entendimiento y asociación de individuos autónomos– a prácticas basadas en una planificación y organización más centralizada. En dicho contexto la idea de ‘organización’ cumplió un rol central. Hay que organizar las actividades de las distintas esferas sociales buscando maximizar la eficiencia y la productividad. Modernizar la sociedad exige planificar, gestionar activa y racionalmente las prácticas sociales. La expansión de diversos mecanismos de formalización, convencionalización, estandarización, clasificación y disciplinamiento apuntan a este objetivo fundamental del estado-nación de construir un orden, un entorno predecible regular y estable que posibilite el desarrollo de la sociedad (Wagner 1997).

En la planificación, implementación y control de este nuevo orden social las ciencias sociales debían cumplir un rol fundamental. La ciencia, en tanto modelo de la acción racional, debía informar al Estado sobre cómo organizar la sociedad y debía entregar al mismo tiempo las estrategias adecuadas para contener y excluir todo aquello que amenazase dicha organización.

Como ya hemos señalado en el punto anterior, el surgimiento de las Ciencias Sociales está absolutamente ligado a la demanda de las élites por un saber que permita implementar el proyecto modernizador en los términos señalados (Wallerstein, 2001). En un contexto de aceleradas transformaciones y turbulencias, donde la posición conservadora reclamaba por un retorno a las instituciones tradicionales, donde las posiciones radicales abogaban por revolucionar rápidamente la sociedad apelando al principio de soberanía del pueblo, la posición liberal-burguesa, finalmente triunfante, apelará a la racionalidad del saber de las nuevas ciencias sociales como guía para conducir un proceso de cambio gradual y controlado. Es decir, no será la tradición ni la voluntad popular, sino la experticia de un saber nuevo el que orientará los procesos de modernización y el que permitiría hacer justicia a la convicción moderna de que el mundo social por malo que fuera podía ser mejorado.

Como escribe Wallerstein (2001) –mostrando la estrecha ligazón entre el desarrollo de las ciencias sociales y el programa liberal modernista que será hegemónico desde las últimas décadas del siglo XIX hasta 1970– “la estrategia del liberalismo como estrategia política consistía en manejar el cambio, y eso debía ser hecho por las personas debidas en la forma debida. (...) esas personas competentes (no debían actuar) basadas en prejuicios adquiridos sino más bien

en información previa sobre las probables consecuencias de las reformas propuestas. Para actuar de esa forma necesitaban tener conocimiento de cómo funcionaba realmente el orden social y eso significaba que necesitaban investigación e investigadores. La ciencia social fue absolutamente indispensable para la empresa liberal" (p. 168).

Para concluir este apartado podemos decir entonces que la crisis del pensamiento ilustrado y de las primeras sociedades modernas a mediados del siglo XIX³⁷ fue un factor central en la institucionalización de las ciencias sociales como disciplinas científicas independientes. Estas se convirtieron en un elemento central de los proyectos de modernización conducidos desde el Estado, y fueron activamente demandadas para ofrecer saberes y técnicas que posibilitaran adaptar a los individuos a los procesos de cambio social, al mismo tiempo que gestionar los malestares que inevitablemente instalaba la misma modernización.

Es importante recordar, sin embargo, que los procesos de modernización son campos en disputa dentro de las mismas élites y entre éstas y el resto de la población, respecto al modo adecuado de interpretar, articular e institucionalizar las significaciones imaginarias de autonomía y control propias de la modernidad. Son dinámicas cambiantes, inestables, donde surgen hegemonías, resistencias, malestares y diversos conflictos. Las sociedades modernas a lo largo del siglo XX han sido un campo atravesado por múltiples intereses sociales que expresan el devenir siempre problemático y tensional de los procesos de modernización.

2. Subjetividad, conocimiento e intereses sociales: la modernidad y el saber psicológico como horizonte común de debates y contradicciones

La caracterización de la modernidad y de los tres ejes que hemos recién presentado permiten situar y comprender la siguiente aseveración: el proyecto de la psicología en tanto producción cultural moderna puede ser descrito, en sus términos más generales, como el esfuerzo por generar un conocimiento racional,

³⁷ Existe, por cierto, una directa relación entre la crisis del pensamiento ilustrado y las primeras formas modernas liberales, y la crisis de la subjetividad privada a la cual nos hemos referido en un apartado anterior. Estas tres crisis caracterizan la Europa de mediados del siglo XIX y dan paso a un nuevo momento de la modernidad donde la ideología modernista, las sociedades de modernidad industrial (o modernidad organizada) y el saber de las ciencias sociales que describe los límites y determinaciones del individuo moderno son sus referentes centrales.

sistemático y con algún tipo de validación empírica sobre la **subjetividad** y/o el comportamiento del individuo en el contexto de los **procesos de construcción de un nuevo orden social secularizado**.

En ese sentido, es que podemos plantear que si bien toda cultura humana ha desarrollado ciertas ideas sobre la naturaleza de los seres humanos, la psicología como saber científico sobre la mente y la conducta individual es sólo pensable bajo las coordenadas culturales de aquella particular condición de la historia que denominamos modernidad (Wallerstein, 2003; Pérez, 1996). En ese mismo sentido, también, es que podemos plantear que hay ya saber psicológico en toda la producción de la filosofía moderna entre los siglos XVII y XVIII antes de la institucionalización de la psicología como disciplina científica en el siglo XIX. Al respecto, baste recordar el proyecto de Hume (1711-1776) de clasificar los contenidos de la mente y establecer principios de conexión entre las ideas y sensaciones, siguiendo el modelo newtoniano y aplicándolo al espacio mental, de tal modo de construir un nuevo saber fundado en la experiencia y la observación sobre la naturaleza humana (Leahey, 1998).

Lo novedoso de fines del siglo XIX, como ya hemos señalado, es que se producirá una disciplinarización y profesionalización del conocimiento psicológico, que dará lugar a la creación, al alero de la revitalización de las universidades y de las demandas de los procesos de modernización, de una estructura institucional permanente y organizada que asumirá el monopolio de la producción, transmisión y aplicación del saber psicológico (Danzinger, 1979; Wallerstein, 2003).

Ahora bien, lo que nos interesa remarcar es que podemos pensar la unidad de la psicología –tanto en la forma de filosofía psicológica en los siglos XVII, XVIII y parte del XIX, pero en particular en su forma institucionalizada y profesionalizada de disciplina científica a partir de fines del siglo XIX y hasta nuestros días– a partir de su inscripción en el horizonte sociocultural de la modernidad. La psicología, así, puede ser caracterizada en términos globales como aquel proyecto moderno de construcción de un nuevo saber racional sobre la subjetividad y el comportamiento del individuo que contribuya, en su articulación con distintos intereses sociales, al nuevo orden secular y a su promesa de progreso.

Así como la apelación a la modernidad y a tres de sus *elementos constitutivos* nos permite pensar la **unidad** de la psicología, al mismo tiempo nos entrega

claves para comprender la enorme **pluralidad** teórica que caracteriza al desarrollo del saber y las prácticas psicológicas. Esto es así pues cada uno de los ejes que hemos presentado (subjetividad, conocimiento racional, proyectos modernizadores de construcción de un nuevo orden social) son campos de problematizaciones y disputas, no pudiendo ser entendidos en ningún caso como objeto de una definición consensuada, estática y uniforme en el campo cultural de la modernidad en general y dentro de la psicología en particular.

Veamos a continuación más específicamente cómo cada uno de estos ejes se ha constituido en un territorio de debates y múltiples posicionamientos en la historia de nuestra disciplina, dando lugar al desarrollo de distintas perspectivas teóricas.

Subjetividad

Las diversas conceptualizaciones de la subjetividad individual, los distintos objetos teóricos o perspectivas desarrollados para aprehenderla e incluso deconstruirla (conciencia, inconsciente, personalidad, pasiones, experiencia, voluntad, aparato psíquico, redes neuronales, intersubjetividad, discurso, cultura, procesos cognitivos, interacciones, historia), la caracterización que se haga de ella en términos de la oposición determinismo-libertad, mente-cuerpo, individuo-sociedad, herencia-cultura, organismo-mecanismo, egoísmo-altruismo, universalidad-particularidad, mismidad-alteridad, racionalidad-afectividad, etc., dan cuenta de un espacio de debates históricos y de una multiplicidad de perspectivas que expresan el carácter crítico y reflexivo del horizonte moderno y del pensamiento científico.

Este argumento requiere, por cierto, dejar atrás un naturalismo ingenuo que asume que la psicología encuentra sus objetos en el mundo natural y que las categorías psicológicas son un reflejo de la arquitectura universal de la subjetividad humana (Danzinger, 1993). Esta perspectiva naturalista asume que "los objetos en que los psicólogos se concentraron sucesivamente, como las 'sensaciones', 'las diferencias individuales', o el comportamiento, ya existían en el mundo natural antes de que los investigadores psicólogos aparecieran en escena, en cierta forma como bellas durmientes en espera de sus príncipes". A diferencia de esta perspectiva, es necesario asumir un enfoque crítico que, como continúa Danzinger (1984, p. 3), considera "que es un problema precisamente lo que se aceptaba sin reparos desde el punto de vista tradicional; esto es,

el surgimiento histórico de los objetos psicológicos mismos. Los objetos como 'la inteligencia', 'la personalidad', 'las actitudes', no se dan en la naturaleza como materias dadas" sino que son objetos teóricos producidos por los psicólogos para intentar aprehender y dar cuenta de un cierto ámbito de la realidad y la experiencia de los sujetos.

Este carácter construido de los objetos psicológicos no tiene nada de especial y no supone una amenaza; por el contrario, confirma el carácter científico de la disciplina. Como insistió siempre Bachelard (1981) –y como se asume hace mucho tiempo en las llamadas ciencias duras menos ansiosas y preocupadas de interrogar sus fundamentos epistemológicos– lo propio de la actividad científica es la construcción de nuevos campos de objetividad científica, la producción de objetos teóricos que no buscan "reflejar" la experiencia sino interrogarla desde ciertos modelos preexistentes producidos por la imaginación científica (Bourdieu, 2003). Como señala Rose (1996a) "dentro de la tradición más sobria de Bachelard, señalar la naturaleza construida de la objetividad científica no es estorbar ni demoler el proyecto de la ciencia, no es 'ironizar' sobre él ni 'deconstruirlo', sino definirlo (...) La realidad científica contemporánea es el resultado ineludible de las categorías que usamos para pensarla, de las técnicas y procedimientos que usamos para ponerla de manifiesto y de las herramientas y modos de prueba que usamos para justificarla" (pp.11-12).

Dicho lo anterior es posible plantear que la pluralidad de la disciplina psicológica se explica (en parte) a partir del desarrollo de distintos objetos teóricos y modelos conceptuales que buscan dar cuenta de la subjetividad individual que emerge en las sociedades modernas. Objetos y modelos que son puestos permanentemente en discusión dentro de una misma tradición o en confrontación con los planteamientos de otras tradiciones teóricas, abriendo todo un itinerario de debates y reformulaciones teórico-conceptuales que alimenta la dinámica pluralidad de la psicología.

Por otro lado, y más allá de los debates⁸ internos intra o inter perspectivas que están presentes desde el inicio de nuestra disciplina, hay que considerar otro elemento a la hora de pensar esta *dinámica pluralidad de la psicología*. En ésta, no son sólo los conceptos y métodos los que sufren un cambio histórico, sino su mismo "objeto". Como escribe Danzinger, "la 'subjetividad humana, que está detrás de los objetos de la investigación psicológica, está ella misma

fuertemente implicada en el proceso histórico, como agente y a la vez como producto" (Danzinger, 1993, p.5). Esto es, que las cambiantes condiciones de modernidad y el despliegue de los procesos de modernización, van transformando a los mismos sujetos que la psicología busca investigar, lo que abre la necesidad de reformular (antiguos) o producir (nuevos) desarrollos teóricos capaces de aprehender las emergentes lógicas de acción, de malestar, de cognición, etc., que se constituyen en particulares momentos del devenir de las sociedades modernas.

La subjetividad individual se constituye, así, en un eje desde el cual pensar la dialéctica de unidad y diferenciación de la psicología. Unidad en tanto las distintas perspectivas teóricas buscarían aludir o establecer una relación de conocimiento con dicha subjetividad que se configura, actúa y se transforma en el horizonte de la modernidad. Pluralidad en tanto al interior de la psicología distintas tradiciones teóricas habrían desarrollado diversos marcos teórico-conceptuales para interrogar y dar cuenta –modelándola, recortándola y objetivándola de formas específicas– de dicha subjetividad.

Así, enfatizando alguna de sus dimensiones cognitivas, volitivas, afectivas, conductuales, corporales o reflexivas; interrogando y develando sus determinaciones inconscientes, sociales, intersubjetivas o biológicas; anunciando sus regularidades naturales, universales y transhistóricas o afirmando su carácter singular e histórico; denunciando su carácter ideológico, ilusorio o su estatuto de epifenómeno de procesos neuronales, discursos, relaciones sociales, estructuras simbólicas, identidades culturales o interacciones sistémicas; las distintas perspectivas de la psicología han construido una diversidad de imágenes y distinciones sobre la subjetividad que han sido la base de variados saberes y técnicas sobre la misma.

Conviene recordar que estas imágenes o modelos conceptuales desarrollados por la psicología habitualmente se nutren y fundamentan en alguna, o en varias, de las tradiciones del pensamiento filosófico de la modernidad.

Por último, permítannos insistir en lo siguiente: la centralidad (y construcción) de la subjetividad individual para (en) la modernidad es una de las condiciones de posibilidad de la psicología. Esta puede entenderse como aquel campo del saber moderno que, a través de distintos modelos teórico-conceptuales, busca conocer e intervenir racionalmente (curar, transformar, potenciar,

controlar, adaptar, regular, educar, etc.) aquella subjetividad individual que la propia modernidad ha producido.

Conocimiento racional

Este mismo escenario de diferenciación y debates lo encontramos en lo referido a la generación de un conocimiento racional sobre el sujeto que más que un punto de llegada instituye todo un horizonte de disputas epistemológicas que de Descartes hasta nuestros días se interroga sobre el estatuto y la validación del conocimiento que un sujeto o una comunidad hace del mundo, de los otros y de sí misma. Para el caso de nuestra disciplina, en este punto vale la pena recordar el debate que, desde fines del siglo XIX en el contexto del surgimiento de las ciencias sociales, se librará entre el positivismo y la hermenéutica sobre la relación entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del hombre. ¿Debe el estudio del hombre, su cultura y su historia seguir el principio del monismo metodológico que plantea la unidad del método científico –cuyo canon son la física con su lenguaje matemático y su búsqueda de leyes hipotéticas generales de la naturaleza bajo las que se subsumen los casos individuales– para toda la diversidad de objetos que se prestan a un conocimiento racional?, ¿o debemos rechazar el monismo metodológico del positivismo rehusando tomar el patrón de las ciencias naturales como el único y legítimo modelo de comprensión racional de la realidad, promoviendo nuevas aproximaciones ideográficas y comprensivas a una naturaleza humana que se define por su historicidad, intencionalidad y campos de significación? (Von Wright, 1988). Esta tensión, como señala Vezzetti (1998), reverbera hasta el día de hoy en el campo de la psicología, donde es posible reconocer una cultura humanística y otra científicista, que nos habla de un campo escindido entre “dos tribus” epistémicas con supuestos y valores muy distintos y que escasamente logran comunicarse entre sí⁸. Esta confrontación expresa el carácter problemático de las ciencias sociales y la psicología, que desde sus inicios, como ya hemos señalado, quedaron ubicadas entre el mundo de las ciencias naturales (ciencias nomológicas) y el mundo de las humanidades (ciencias histórico-hermenéuticas). Siguiendo a Lepenies (1994) uno podría hablar de las ciencias sociales (incluyendo a la psicología)

⁸ Es habitual considerar el debate entre estas “dos tribus” (positivista y hermenéutico-crítica) como una prolongación de las diferencias entre la ilustración y el romanticismo, dos de las principales tradiciones culturales de la modernidad (Kvale, 1999).



como una tercera cultura que se define justamente por la confluencia problemática de ambas matrices epistemológicas, y que se ha constituido desde sus inicios en un campo de batalla entre ambas tendencias (Von Wright, 1998). O en palabras de Habermas: "Mientras que las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu pueden profesarse mutua indiferencia y soportar una convivencia más enconada que pacífica, las ciencias sociales tienen que dirimir bajo un mismo techo la tensión de esos planteamientos divergentes; aquí es la propia práctica de la investigación la que obliga a reflexionar sobre la relación entre procedimientos analíticos y procedimientos hermenéuticos" (Habermas, 1996, p. 83). Este carácter conflictual de las ciencias sociales se complejiza aún más si consideramos, por un lado, el desarrollo durante el siglo XIX y XX de una tercera tradición que suele denominarse dialéctica-crítica, vinculada a los trabajos de Hegel, Marx y la Escuela de Frankfurt, y si, por otro lado, incorporamos algunos desarrollos epistemológicos recientes de sensibilidad postmoderna como el (neo)pragmatismo de Rorty, la deconstrucción o las propuestas neonietzscheanas sobre la relación saber-poder en Foucault que han tenido una fuerte influencia al interior de la psicología con el construccionismo social. Lo hasta acá señalado es suficiente para ilustrar el punto que estamos intentando remarcar: cuando decimos que el proyecto de la psicología moderna se caracteriza por intentar construir un saber racional sobre el sujeto, es importante entender dicha afirmación en tanto apertura de un campo de problemáticas que inaugura un conjunto de debates y posiciones epistemológicas (muchas de ellas híbridas) que se expresan, a su vez, en el desarrollo de las distintas tradiciones psicológicas, cada una de las cuales asume ciertos presupuestos epistemológicos respecto al modo adecuado de construir un saber racional sobre la subjetividad.

Intereses sociales y modernización

En relación al tercer punto, referido a la articulación del saber psicológico con intereses sociales relativos a los procesos de modernización y construcción de las sociedades modernas es posible encontrar nuevamente un campo de diferenciación. Un ejemplo de dichas articulaciones lo encontramos en el expreso interés de la tradición de la psicología de la adaptación en los EEUU por desarrollar una ciencia que, como escribiera Watson en 1913, tuviera como meta "la predicción y el control de la conducta" con miras a incrementar la adaptación

de los sujetos a los procesos de modernización conducidos por las élites político-económicas (Leahey, 1998). Tal como lo pensara Comte, la tradición comportamentalista de la psicología se identificó con la idea de que la ciencia debía tener una fuerte actitud tecnológica y constituirse en la principal base del naciente orden social. Respecto a este eje es útil, aunque insuficiente, la distinción que estableciera Habermas en *Conocimiento e Interés* (1990). Como es sabido, Habermas distingue tres tipos de intereses que sirven como base a tres formas particulares de conocimiento. El *interés técnico*, ligado a las ciencias analítico-empíricas que buscan regularidades nomológicas y que se asocia a un conocimiento donde la predicción, el control (del mundo, la sociedad y los sujetos) y la aplicación técnica juegan un rol central. El *interés práctico*, ligado a las ciencias hermenéutico-históricas que atienden a las interacciones humanas históricamente situadas que se realizan en la comunicación intersubjetiva, y que trabajan con los conceptos de significado, comprensión, interpretación, vivencia. Y el *interés emancipatorio*, ligado a las ciencias sociales críticas que a partir de una síntesis dialéctica de las disciplinas analítico-empíricas y hermenéutico-históricas buscan criticar las "relaciones ideológicamente congeladas de dependencia" y contribuir a la autonomía de los sujetos individuales y colectivos. A partir de la autorreflexión emancipatoria se busca "liberar al sujeto de los poderes hipostasiados" y contribuir a la institución de las condiciones sociales materiales que se requieren para una comunicación abierta, libre, no coercitiva (Bernstein, 1994). Esta distinción habermasiana nos permite visibilizar la constitutiva, necesaria y diversa articulación entre los intereses y el conocimiento en la experiencia humana. Desde dicha distinción es posible interrogar a las tradiciones teóricas de la psicología, tanto respecto al interés que las anima como al modo en que sus producciones teórico-prácticas efectivamente posibilitan, o más bien dificultan, el logro en sus sociedades concretas de la aspiración que declaran. Más pertinente para nuestra argumentación es, sin embargo, la conexión que establece Danzinger entre los intereses sociales y la producción de saber psicológico. Pensando fundamentalmente en la psicología como disciplina científica, de lo que se trata, como señala Danzinger, (1984) es de reconocer que las distintas *problemáticas* –matrices simbólicas que surgen en el curso de la interacción social históricamente situada y que definen los esquemas, las imágenes, las metáforas en términos de los que la comunidad científica formula sus problemas específicos y se plantea las preguntas que orientarán las

actividades constructivas de objetos psicológicos (teóricos, técnicos, institucionales)– son expresión de un conjunto de intereses sociales a los cuales buscan dar respuesta los profesionales de la disciplina. Como escribe Danzinger –quien está pensando en los intereses sociales a un nivel mucho más concreto que la reflexión filosófica de Habermas– “La problemática que proporciona la base de la actividad del individuo (científico) es una estructura abierta que define un área-problema y prescribe la naturaleza general de las soluciones aceptables. No es simplemente un conjunto de categorías cognitivas, sino siempre una expresión de intereses sociales. La existencia de una situación-problema implica interés por algún tipo de solución. Solo en la medida en que una problemática implica interés por algún tipo de solución puede servir como fuente de nuevos productos intelectuales o técnicos. (...) Si aceptamos el papel fundamental que desempeñan los intereses en toda actividad generadora de conocimientos (...) debe reconocerse que la reproducción de clases específicas de conceptos y prácticas implica intereses sociales, aunque los actores históricos puedan no haber entendido este aspecto de su actividad (...) estos intereses más amplios están relacionados con la perpetuación de las formaciones sociales generales en las que están inmersas las actividades conducentes a constituir objetos psicológicos” (Danzinger, 1984, pp. 8-9). Es importante precisar que establecer esta relación entre intereses sociales y producción de objetos (conocimiento) no implica afirmar que el conocimiento psicológico es meramente un conjunto de imágenes sociales disfrazadas al servicio de los intereses de particulares actores sociales. Las disciplinas tienen la posibilidad de resistir, permear y retraducir en función de la propia lógica y los criterios del campo científico las demandas del macrocosmos social en el cual están insertos³⁹.

³⁹ Siguiendo a Bourdieu es posible plantear que si bien en toda producción discursiva se pone en juego una cierta dimensión política, también es cierto que la política de la ciencia es diferente, a pesar de su articulación, con la política de la sociedad. Lo que tiene que ver con que los productos científicos dependen fundamentalmente del rigor de las coacciones sociales específicas –coherencia interna, argumentación racional, vigilancia epistemológica, reflexividad, validación empírica, capacidad explicativa, crítica de los pares, etc.– que gobiernan su producción y en función de los cuales se retraducen, en principio, los intereses sociales exteriores al campo. Como escribe el sociólogo francés, “la reducción a lo ‘político’ que arrastra la ignorancia de la lógica específica de los campos científicos, implica un renunciamiento, por no decir una dimisión, por parte del investigador, que consiste en reducir su papel al de un simple militante, sin más fines ni medios que los de un político corriente. Hacerlo significa anular, en tanto científico, no sólo su capacidad de poner las armas insustituibles de la ciencia
(continúa en la página siguiente)

Uno de los principales desafíos de la historiografía crítica de la psicología es justamente intentar comprender cómo se han ido articulando en distintos momentos y contextos específicos de la historia de la disciplina la lógica interna de los programas científicos con los intereses sociales que los atraviesan. Como escribe Vezzetti "...esa relación entre la configuración de la disciplina y el contexto socioinstitucional no es encarada mayormente como una relación global, como si la disciplina simplemente ´reflejara´ la estructura y los intereses de grupos sociales dominantes, como si todo se redujera a un análisis global del régimen de poder social, sino como una relación mediada por el grupo profesional" (Vezzetti, 1998, p. 6). Lo que nos importa remarcar es que uno puede leer la historia de la psicología y sus producciones teórico-prácticas interrogándose por los intereses sociales con que se interpela al campo disciplinar o a algún subsector del mismo, así como por los intereses que respecto a la construcción del orden social reconocen (más o menos explícitamente) y actúan (con o más o menos consistencia respecto a lo que declaran) los propios participantes del juego de la ciencia. Nuestra propuesta es que, para el caso del desarrollo de nuestra disciplina, esos intereses deben comprenderse en relación a los proyectos y aspiraciones de los distintos actores económicos, culturales, políticos (individuales o colectivos) que, en contextos locales, nacionales o globales específicos y con grados de poder muy disímil, promueven, resisten o sufren los procesos de modernización hegemónica e imaginan modernidades alternativas. Desde esta perspectiva toda tradición psicológica –con su red de saberes y prácticas– responde, con las mediaciones propias de los campos científicos, a constelaciones de intereses que los interpelan, a motivaciones orientadas por una cierta imagen del modo como la disciplina puede contribuir a la construcción y mejora del orden social, en el contexto del horizonte cultural de la modernidad y de los procesos siempre conflictuales de modernización. Como la cultura moderna y los procesos de modernización se despliegan en distintas dimensiones y suponen campos en disputa respecto al "mejor" modo de concretar el proyecto político de la modernidad, los intereses y demandas sociales que han interpelado y movilizado a nuestra disciplina son múltiples, diversos y muchas veces antagónicos.

al servicio de los objetivos perseguidos, sino, sobre todo, su capacidad de aportar medios para comprender, por ejemplo, los límites que los condicionantes sociales de las consignas militantes imponen a la crítica y la acción militante" (Bourdieu, 2000b, p.124,125)



¿Cómo ajustar a los individuos a los requerimientos de la producción industrial? ¿Cómo garantizar que las familias operen efectivamente como instancias de socialización que producen subjetividades individualizadas singulares pero también altamente normalizadas? ¿Cómo compensar los déficit y fallos de los sujetos de tal modo de garantizar su inserción activa en las lógicas modernizadoras? ¿Cómo contener, regular, aislar a aquellos que por diversas razones no califican como aptos para una integración plena a la vida moderna? ¿Cómo promover un comportamiento funcional a los intereses del capital y el estado del niño en la escuela, del soldado en el ejército, del obrero en la industria, de la mujer en el hogar, del maestro en la clase? ¿Cómo denunciar las lógicas de enajenación y explotación propias de la modernidad ampliando los beneficios de la misma a los sujetos excluidos? ¿Cómo comprender, ayudar y curar a los sujetos arrojados a las turbulencias de la vida moderna, presas de los múltiples desarraigos, angustias y temores que va dejando como estela los procesos de creación-destrucción propios de la modernidad? ¿Cómo ampliar la autonomía de los sujetos individuales y los procesos de democratización? ¿Cómo llegar a conocer el modo cómo los sujetos conocen de tal modo de garantizar las certidumbres epistemológicas del proyecto moderno?

Estas interrogantes buscan ilustrar algunos de los múltiples intereses sociales que en el marco de los procesos de modernización han operado como trasfondo de los desarrollos teóricos y técnicos de la psicología. El esfuerzo por responder a esta diversidad de problemáticas con que distintos actores interpelean a la disciplina, así como la particular autocomprensión que una corriente desarrolla respecto al modo como aporta a la construcción de un nuevo orden social racional (desde un interés más técnico, práctico o emancipatorio), explican en forma importante la pluralidad de desarrollos teóricos de la psicología al interior de las sociedades modernas.

Permítasenos en este punto de nuestra argumentación hacer la siguiente recapitulación: la psicología como proyecto moderno, y en particular como disciplina científica a partir del siglo XIX, puede ser descrita como el esfuerzo por construir un **saber racional sobre la subjetividad** (entendida en términos de mente y conducta individual) que de algún modo contribuya o responda a los **intereses de dar forma a las sociedades modernas**. Como hemos insistido, esta caracterización funda una unidad disciplinar plural y diferenciada en tanto la modernidad en general, y la psicología en particular como hija de la misma,

se caracteriza por ser un campo de debates y disputas donde se han (i) construido diversos objetos teóricos y perspectivas para dar cuenta de la subjetividad moderna, donde se han (ii) desarrollado distintas matrices epistemológicas que entienden de modos diversos lo que es un conocimiento adecuado de la subjetividad y la naturaleza humana, y donde (iii) diversos y contradictorios intereses sociales en el marco de los procesos de modernización han interpelado al campo de los saberes psicológicos. Las distintas perspectivas teóricas de la psicología pueden ser entendidas (no reducidas a) como el resultado de una particular articulación de estos tres ejes. Si imaginamos la diversidad interna de cada uno de esos tres ejes, así como las distintas formas de articulación de las mismas⁴⁰, podemos tener una clave para avanzar en la comprensión de lo que páginas arriba denominábamos como *la dialéctica de unidad y diferenciación que definen la identidad problemática, plural e histórica del proyecto de la psicología*.

3. El resplandor psicológico de las sociedades modernas

Ellen Herman (1995), en su libro *The Romance of American Psychology: Political Culture in the Age of Experts* ha analizado en detalle el modo como el discurso psicológico se expandió, permeó y modificó la cultura norteamericana con una particular fuerza después de la segunda posguerra. Su argumentación nos recuerda que la psicología en el horizonte de las sociedades modernas ha sido, particularmente a partir de los años 50 del siglo pasado y con particular fuerza en los EEUU, bastante más que una disciplina académica, habiéndose constituido, a partir de su red de prácticas profesionales, en una fuerza que modela la cultura y las formas de subjetivación que caracterizan nuestras sociedades. Una extensa cita del libro de Herman nos permite ilustrar este punto al cual nos referiremos brevemente en este apartado.

“Mi uso del término ‘psicología’ no se detiene en los márgenes de una disciplina académica o en los límites de una categoría profesional de empleo.

⁴⁰ Obviamente la consistencia marca un límite a las posibles articulaciones entre estos ejes. Así, por ejemplo, y como ya señalamos, Habermas establece una clara relación entre las matrices epistemológicas distinguidas en el segundo eje, (neo)positivista, hermenéutica y dialéctica-crítica, y los intereses cognitivos cuasitrascendentales que él distingue, a saber y correlativamente: técnico, práctico y emancipatorio. No es difícil deducir que cada uno de estos intereses y formas de conocimiento tendrán más afinidad con ciertas concepciones –más naturalistas, más históricas, más culturales– del sujeto (Gergen, 1994; 1996).

Más que esto, nos referimos a un énfasis en el análisis de los procesos mentales, relaciones interpersonales, la introspección y la conducta que se constituye en una vía para explicar las realidades individuales y sociales. En tanto disciplina académica la psicología extiende sus raíces históricas a la filosofía y la fisiología del siglo XIX. Pero en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial las profesiones más comúnmente asociadas a la experticia psicológica fueron aquellas que se originaron o crecieron como *oficios de ayuda*: psiquiatría, psicología clínica y trabajo social. Esta variada y flexible historia permitió a los expertos psicológicos hacer reclamos extremadamente amplios de autoridad. Ellos eran poseedores de una tecnología de la conducta, de una ciencia de las relaciones sociales, de una teoría de la sociedad, y de una teología de la salud emocional. La psicología algunas veces aparecía como ciencia social o natural, en ocasiones como una fuente de valores morales, políticos y culturales que podían dar orientación respecto al significado de la identidad humana y la existencia, asuntos que tradicionalmente habían sido campos exclusivos de la religión o la filosofía. En la última parte del siglo XX en Estados Unidos el rostro de la psicología es tan familiar que es tentador, pero erróneo, considerar esto como un hecho ahistórico de la vida (...). La psicología podrá haber filtrado por cada una de las facetas de nuestra existencia, pero esto no significa que ella ha estado siempre allí, o que lo que sus expertos dicen haya siempre importado tanto como importa hoy en día" (Herman, 1995, p.5)⁴¹.

Distintos autores, desde distintas claves teóricas y normativas, se han referido a esta psicologización de las sociedades modernas dando cuenta de la creciente centralidad, particularmente a partir de la segunda posguerra, de los *expertos psi* en distintos ámbitos de la vida social y la experiencia de los sujetos (Lasch, 1999, Rose, 1996a, Adorno, 1997).

En el marco de nuestra argumentación, los que nos interesa remarcar es que al interrogar las relaciones entre psicología y modernidad, resulta fundamental interrogar a nuestra disciplina no sólo en tanto actividad de construcción de objetos teóricos sobre la mente y conducta individual, sino también en tanto red institucional y de inserción profesional que vehiculiza una serie de imágenes y valores sobre el sujeto (normal/patológico) en la cultura y despliega un conjunto de técnicas, procedimientos, formas de medición e intervención que configuran

⁴¹ Traducción libre del texto original.

y regulan en dominios concretos las prácticas de los individuos y los modos como estos se piensan a sí mismos.

Esto significa que pensar el lugar de la psicología en la modernidad, no se reduce a explicitar el modo como el horizonte sociocultural de la modernidad —con sus nociones de subjetividad, sus disputas epistemológicas y políticas— determina y opera como condición de posibilidad del desarrollo de la disciplina, sino que exige atender al modo como esa misma red de saberes y prácticas psicológicas modelan recursivamente la cultura, la sociedad y las formas de ser sujeto en la modernidad. Los objetos y categorías psicológicas, en tanto objetos no naturales sino construidos en el marco de problemáticas que expresan intereses sociales, están implicados activamente en la construcción de nuevos modos de categorizar, pensar y actuar sobre las personas que atraviesan y modelan nuestras sociedades.

Giddens (1997) ha propuesto el concepto de doble hermenéutica para entender esta relación, señalando que el propio esfuerzo por conocer la realidad social modifica la misma realidad que se busca comprender. El conocimiento de las ciencias sociales se construye a partir de las representaciones y experiencias del sentido común que compartimos, pero va más allá de éste, para volver luego, reingresar y modificar el mismo conjunto de acciones que estaba intentando explicar. "El conocimiento sociológico", escribe Giddens, "da vueltas en espiral dentro y fuera del universo de la vida social reconstruyéndose tanto a sí mismo como a ese universo como parte integral de ese mismo proceso" (Giddens, 1997, p. 27). Así, las formas como nos representamos la sociedad y a los sujetos es una parte constitutiva de nuestros modos de convivencia y de nuestra práctica y experiencia cotidiana. Las Ciencias Sociales y Humanas, como señala Melucci (2001), en tanto modalidad de autorrepresentación legitimada en nuestras sociedades, no sólo describen fenómenos sociales y subjetivos ya dados y estables sino que en el esfuerzo de comprenderlos los transforman "al poner en circulación en las prácticas sociales formas de nominación y de representación que a su vez modifican tales prácticas y retroactúan sobre el mismo conocimiento" (p. 39). Parafraseando a Bateson uno podría decir que el teórico sólo puede elaborar teorías refiriéndolas a lo que gente hacía ayer; mañana la gente hará algo distinto a raíz de esas mismas teorías (Kenney, 1994). Experiencias tales como la relación de pareja, el miedo, la angustia, la sexualidad, la vejez, los sueños, entre muchas otras, están absolutamente mediadas

en nuestras sociedades por categorías psicológicas que circulan en la cultura y que han sido interiorizadas por los sujetos que han aprendido a pensar psicológicamente sobre sí mismos y los otros.

En el campo de nuestra disciplina han sido los discursos críticos, de inspiración marxista o foucaultiana los que más han enfatizado en la necesidad de atender, más que a la lógica interna del itinerario conceptual de la disciplina, al modo como los saberes y, sobre todo, prácticas psicológicas han tenido un rol activo en la construcción y mantención de ciertas relaciones sociales y formas subjetivas, las que se han denunciado como funcionales a las formas de dominación, disciplinamiento y control características de las sociedades modernas en el siglo XX. Mostrando el carácter ideológico de ciertas categorías psicológicas (Braunstein, 1981) o la articulación de los discursos y prácticas de la psicología con las formas de gobierno propias del biopoder moderno, estas perspectivas han abierto líneas fecundas de investigación, que más allá de reconocer la recursividad y el condicionamiento mutuo entre las categorías y técnicas psicológicas, y las formas de subjetivación, se han interrogado críticamente al servicio de qué intereses o lógicas de poder están las formas de ser sujeto que los saberes y prácticas de la psicología contribuyen a construir.

Nikolas Rose (1996a, 1996b) por ejemplo, ha estudiado siguiendo a Foucault el modo cómo los saberes psicológicos han tenido y tienen un papel central en los regímenes de subjetivación de las sociedades modernas, produciendo a través de una compleja y heterogénea red de técnicas y prácticas una particular experiencia y comprensión de lo que es ser humano: el régimen moderno del yo que se caracteriza por "reflexionar y actuar en la totalidad de dominios, prácticas y ensamblamientos diversos en función de una 'personalidad' unificada, una identidad a revelar, descubrir o trabajar en cada uno" (p.16). La psicología como disciplina científica ha tenido un rol central en producir (no describir) una particular configuración histórica donde los seres humanos hemos llegado a comprendernos a nosotros mismos y a los otros como "seres psicológicos", a interrogarnos y narrarnos en términos de una vida interior psicológica que alberga los secretos de nuestra identidad, los que deben ser descubiertos y actualizados (Rose, 1996a). Esos regímenes de subjetivación, en los que la psicología y las ciencias humanas tienen un rol crucial, serían parte de nuevos diagramas de poder que surgen progresivamente a lo largo del siglo XVIII y XIX y que producen al individuo moderno como objeto de control, normalización, (auto)vigilancia y de gobierno.

Uno de los aspectos interesantes del trabajo de Rose es su insistencia en pensar a la psicología como algo tecnológico, más que como discurso teórico. Esto es, como un “conjunto de artes y destrezas que implica la vinculación de pensamientos, afectos, fuerzas, artefactos y técnicas que no solamente fabrican y manipulan al ser, sino que fundamentalmente, lo ordenan, lo enmarcan, lo producen, lo hacen pensable como un cierto modo de existencia que debe abordarse de una manera específica” (Rose, 1996a, p. 13). Como tecnología, las redes de los saberes *psi* se expandieron por la sociedad moderna creando modos de percepción, vocabularios y gramáticas que llevaron a reformular diversos dominios de la experiencia en términos de problemas psicológicos. A partir de un conjunto de técnicas y prácticas, de la expansión de modalidades de subjetivación disciplinaria (asociables a las tradiciones positivistas y comportamentalistas) y pastoral (asociadas a las tradiciones hermenéuticas y al desarrollo de las distintas psicoterapias y tecnologías del yo), la psicología logró estabilizarse y legitimarse, contribuyendo a disciplinar, vigilar y formar a las poblaciones e individuos. El proceso de crecimiento e inserción de la disciplina en la sociedad supuso la psicologización de muchas prácticas, experiencias e instituciones, las que empezaron a pensarse a la luz de las “verdades psicológicas”. Las maneras psicológicas de pensar, ver, calcular y actuar se expandieron en distintas instituciones tales como la cárcel, el tribunal, la fábrica, la sala de clases, racionalizando esos campos de experiencia y ofreciendo un arsenal de herramientas para hacerlos comprensibles, calculables y administrables en función de las exigencias de conducción de la conducta y administración de la subjetividad. De esta manera el saber psicológico tiñó progresivamente la totalidad de la vida social, constituyéndose en un dispositivo de saber-poder central para comprender las formas de gobierno –el intento de actuar sobre las acciones de los otros– sobre los sujetos que caracterizaron (y caracterizan) a las sociedades modernas.

Ahora bien, qué podemos desprender de estos procesos de psicologización de la cultura y las sociedades modernas –descritos en clave más (Rose) o menos (Herman) crítica– para la argumentación general de este capítulo sobre la psicología, su identidad plural y su inscripción en el horizonte sociocultural de la modernidad.

En primer lugar, es posible desprender una consideración que podríamos denominar metodológica. Una reconstrucción histórica del campo

académico-profesional de la psicología, en su unidad y diferenciación interna, requiere atender tanto a los procesos de construcción de objetos teóricos, como al modo en que éstos, junto a las técnicas, prácticas y campos profesionales con los que se articulan, promueven particulares formas de subjetivación y de lazo social en contextos específicos. Esta perspectiva se afirma en el hecho –como lo hemos venido señalando– que las categorías y objetos psicológicos no son representaciones fieles de realidades naturales e inmutables, sino construcciones históricas que más allá de su validación intersubjetiva al interior de las comunidades científicas tienen efectos performativos sobre la realidad social y subjetiva. Como ha escrito Shotter: “Nuestros métodos de estudio no son ideológicamente neutros; construyen una cierta clase de mundo, un conjunto de relaciones sociales y de modos de tratar y valorar a las demás personas” (Shotter, 1989, p. 78).

En esta línea uno podría retomar los planteamientos de Vezzetti (1998) y Danzinger (1984), quienes señalan la necesidad de considerar articuladamente al menos tres niveles en la investigación histórica sobre la psicología: El nivel de la historia científica de la psicología que aludiría al itinerario de construcciones, debates y desarrollos teórico-conceptuales de sus distintas perspectivas; el nivel que intentaría reconstruir la historia de las prácticas, de la constitución de objetos y procedimientos técnicos, así como la emergencia de diversos ámbitos de aplicación e inserción profesional de los psicólogos; y un tercer nivel que en un sentido más general y socio-histórico se pregunta por el lugar, la difusión y las implicancias de la psicología en la cultura.

Una **segunda** consideración es de orden ético-político. Como lo han mostrado los trabajos de orientación crítica, no basta con reconocer la doble hermenéutica del conocimiento de la realidad social –por usar el término de Giddens–, es preciso además interrogarse y pronunciarse, desde algún horizonte normativo, por el tipo de mundo y de sujetos que producen los saberes y prácticas psicológicas. Es en este punto donde muchos de los análisis críticos, particularmente aquellos de raigambre foucaultiana cometen, en nuestra opinión, su mayor error, el que se funda por cierto en una lectura unilateral tanto de la modernidad como del lugar de las Ciencias Humanas y Sociales en ella. Desde dichas perspectivas la pluralidad de la psicología, y la diversidad de implicancias de la misma en términos de ampliación o socavamiento del proyecto emancipatorio de la modernidad, es reducida a una sola fórmula: En las sociedades modernas existe un complejo de saberes y técnicas psicológicas

que más allá de su aparente diversidad teórica opera y actúa de una única forma, ésta es, como mecanismo ideológico de dominación o como dispositivo de disciplinamiento, normalización y gobierno de los cuerpos, las poblaciones y la subjetividad. En esta línea por ejemplo, Rose, habla de un complejo Psi en las sociedades modernas, donde su diversidad teórica (el sujeto cognitivo, el sujeto del inconsciente, el sujeto social; el sujeto del aprendizaje, etc.) es parte de la eficacia de la misma estrategia de control en relación a la cual habría que entender la identidad de la psicología. "Las disciplinas psi, nos dice, en parte como consecuencia de su heterogeneidad y falta de paradigma único, han adquirido una particular capacidad de penetración en relación con las prácticas para la conducción de la conducta. No sólo pudieron proveer una variedad de modelos de ser un yo, sino también recetas para el gobierno de las personas que pueden ser puestas en práctica por profesionales de distinto ámbito" (Rose, 1996a, p. 12).

A diferencias de estas lecturas, nos parece necesario reconocer la pluralidad de la psicología en términos tanto de las distintas tradiciones teóricas que la constituyen, como de las diversas y ambivalentes implicancias que ha tenido en el devenir de las sociedades modernas. A la luz del horizonte ético-político de la modernidad y sus principios de autonomía, igualdad y democracia nos parece que la psicología contiene en sí misma la ambigüedad y ambivalencia que son inherentes al proyecto moderno, habiendo contribuido al proceso, paralelo y dramático de liberación y sometimiento de los sujetos (Wagner, 1997). En este sentido es que resulta fundamental desarrollar perspectivas menos monolíticas y unilaterales de la modernidad y de la psicología, que no las reduzcan —como la otra cara de una ingenua, ideológica y celebratoria perspectiva liberal— a la progresiva expansión de una forma de control y sujetamiento que se fundaría en la "simultánea individualización y totalización de las modernas estructuras de poder" (Foucault, 1987, p. 175).

Parte de nuestra diferencia con la lectura que hace Rose (1996a) es que en su análisis, el régimen del yo y la identidad que han construido la modernidad y la psicología son más obstáculos que recursos del pensamiento crítico. Por nuestra parte, creemos que el sujeto psicológico (en el sentido amplio, no cartesiano, del término), ese espacio de interioridad, reflexividad y negatividad que no se reduce a las determinaciones biológicas y socioculturales que lo constituyen, es, como proyecto no como sustancia, el sujeto autónomo participe de una comunidad democrática (Castoriadis, 1992); el precario andamiaje desde el cual seguir

defendiendo el *ethos* filosófico de la ilustración, aquella actitud valorada por Foucault “de creación permanente y crítica de nosotros mismos (...) donde la crítica de lo que somos es, al mismo tiempo, un análisis histórico de los límites que nos son impuestos y un experimento sobre la posibilidad de trascender esos límites” (Foucault, 1999, p. 351).

Si bien el desarrollo de la psicología y sus usos en nuestras sociedades han contribuido innumerables veces al psicologismo (que como decía Adorno es ideología) a la objetivación y deshumanización de las personas bajo la ilusión de un individuo extrasocial y natural al que se le hace responsable de su propio destino, también es posible encontrar en el pasado y el presente, e imaginar hacia el futuro, experiencias de contribución de la psicología a una mejor comprensión de nuestras propias determinaciones (pensemos en Freud, por ejemplo) y a una ampliación de la autonomía individual y colectiva, en suma, a una expansión del proyecto emancipatorio de la modernidad, de lo que Foucault alguna vez denominó como “la indefinida obra de la libertad”.

Para finalizar este apartado, lo que nos interesa es relevar cómo lo que hemos denominado el resplandor de la psicología en las sociedades modernas –la impregnación de los discursos psicológicos en la cultura y el desarrollo de la psicología como red de prácticas y técnicas en distintos ámbitos de profesionalización, aspectos ambos que contribuyen a modelar particulares formas de subjetivación y de lazo social en nuestras sociedades– nos entrega una clave adicional para pensar la dialéctica de unidad y diferenciación que caracteriza al proyecto de la psicología moderna. Unidad en tanto las distintas tradiciones psicológicas, de distinto modo y con variada intensidad, se han impregnado en la cultura de nuestras sociedades y han contribuido con su red de saberes y técnicas a la creación y mantención de ciertas formas de ser sujeto y de organizar la vida social. Pluralidad en tanto el despliegue en la cultura, la sociedad y los sujetos de la diversidad de corrientes y técnicas que alberga el campo académico-profesional de la psicología han producido implicancias ético-políticas diversas y ambivalentes, en el sentido de contribuir tanto a la expansión como al socavamiento del proyecto emancipatorio de la modernidad⁴².

⁴² No se trata, no es posible, establecer a priori y en forma taxativa un especie de asociación lineal entre una perspectiva teórica, o una red de prácticas y técnicas, y una cierta valoración o condena normativa. Sería absurdo pensar, por ejemplo, que todo conocimiento vinculado a un interés técnico o de control es en sí mismo atentatorio de la autonomía
(continúa en la página siguiente)

4. Para finalizar

A modo de cierre presentamos un conjunto de puntualizaciones sobre los argumentos desarrollados.

En primer lugar es importante recordar que la modernidad y el campo de la psicología, al mismo tiempo que caracterizables por su pluralidad teórica, epistemológica y *política*, deben ser entendidos como espacios de construcción de hegemonías discursivas e institucionales. Así, el territorio de nuestra disciplina debe ser interrogado tanto en términos de su constitutiva heterogeneidad como de aquellas tradiciones que se han instalado como dominantes y han buscado instituir una particular perspectiva como la única forma legítima de desarrollar la psicología. En el marco de nuestra argumentación hemos enfatizado en las condiciones de posibilidad de la diversidad de perspectivas teóricas, lo que no debe hacernos olvidar el modo como alguna de ellas se han convertido en hegemónicas y han monopolizado el campo disciplinar, negando muchas veces la identidad plural del proyecto de la psicología. Sea a nivel de contextos nacionales o internacionales la institución de estas hegemonías dentro de la disciplina debe ser pensada en relación al devenir de los procesos de modernización y a los actores, sensibilidades culturales, poderes e intereses sociales preponderantes en particulares momentos y contextos de las sociedades modernas⁴³.

de los sujetos. Sin control y predicción, a la base de la expansión de la racionalidad instrumental no habría modernidad, y por tanto, no habría autonomía posible. No es objeto de este artículo esta temática, que es discutida en mayor profundidad en el artículo de Adriana Kaulino. Sólo quisieramos dejar planteado el tema de la pluralidad de implicancias ético-políticas de la psicología y de la imposibilidad –al menos desde la lectura de la modernidad y la psicología que nos interesa defender– de clasificar y dividir a priori el territorio entre las buenas y malas prácticas y saberes psicológicos. Los matices, las posiciones híbridas, los particulares contextos históricos, las hegemonías presentes en el campo y la sociedad, la brecha entre la riqueza de un concepto y su naturalización ideológica o la torpeza de quienes se lo apropian, la aspiración monopólica o el reconocimiento de los límites epistémicos, entre muchísimos otros factores, serían elementos a tener en cuenta a la hora de interrogar críticamente las implicancias normativas de la(s) psicología(s) contemporánea(s). Interrogación que exige, por cierto, asumir y explicitar una cierta interpretación de los principios ético-políticos de la modernidad, de su articulación, y del mejor modo de implementarlos en particulares contextos y ante singulares desafíos.

⁴³ En relación a este punto es mucho lo que se ha escrito sobre la hegemonía de la psicología de la adaptación o conductista, que a partir de sus presupuestos positivistas y su desarrollo profesionalizante en EEUU ejerció, al menos hasta los años 60-70, un dominio sin contrapesos en el espacio académico-profesional. Dicha hegemonía estuvo directamente vinculada a las demandas de las élites políticas y económicas
(continúa en la página siguiente)

En **segundo** lugar, nos interesa relevar que los ejes y distinciones propuestas –subjetividad, concepción de conocimiento racional, trama de intereses sociales presentes en los contextos de modernización, así como las implicancias del saber y técnicas psicológicas en la cultura, los sujetos y el lazo social– para pensar la dialéctica de unidad y diferenciación de la psicología, deben entenderse como un marco de referencia y una invitación para desarrollar investigaciones sobre el desarrollo de la disciplina en contextos y momentos específicos. Así, más que como una rejilla clasificatoria que permitiría ubicar en un lugar fijo y puro cada tradición teórica, o como una respuesta global, unitaria y definitiva sobre la identidad de la psicología, nuestra propuesta debe entenderse como una perspectiva (entre otras), una “caja de herramientas” que busca instalar y abrir interrogantes, las que no pueden ser abordadas sino desde un trabajo laborioso de investigación sociohistórica.

En tercer lugar queremos explicitar nuestro convencimiento de que las claves de lectura que hemos propuesto para interrogar y poner en relación las distintas perspectivas de la psicología contemporánea son también pertinentes para aquellos desarrollos teóricos de talante *posmoderno* tales como el construccionismo social, las psicologías de la complejidad, ciertas orientaciones sistémicas ligadas a la cibernética de segundo orden, entre otras. En estas perspectivas es posible encontrar igualmente formulaciones que proponen una particular forma de entender la subjetividad (muchas veces insistiendo en lo que ésta no es, reformulándola como epifenómeno de otros procesos, deconstruyendo tradiciones previas), un particular posicionamiento respecto al estatuto, legitimidad y validación del conocimiento que otros y ellos mismos producen sobre el sujeto, así como huellas que expresan su carácter de producciones contingentes y enraizadas en las particulares luchas, problemáticas e intereses sociales que cruzan los procesos de modernización en nuestras sociedades tardomodernas. La idea de psicologías posmodernas –que estarían fuera o en oposición de lo que hemos denominado como el proyecto de la psicología moderna– no se justifica desde la clave de lectura sociohistórica que hemos

por un saber y un conjunto de técnicas centradas en el control y predicción de la conducta, las que deberían permitir ajustar y adaptar el comportamiento de los individuos a los requerimientos productivos y reproductivos del capitalismo industrial (Danzinger, 1979; Leahey, 1998; Stecher, 2002). Un tema central a discutir es cuáles son actualmente, en el contexto del capitalismo global-informacional, los intereses sociales dominantes y qué nuevas demandas (y hegemonías) le plantean al saber psicológico.

propuesto, y tiene el riesgo de contribuir a una imagen empobrecida del universo sociocultural de la modernidad y de nuestra disciplina. Desde estas lecturas muchas veces la modernidad y la psicología son reducidas a sus vertientes más logocéntricas, científicistas y positivistas, que si bien han sido hegemónicas en largos momentos, no agotan la diversidad, pluralidad y reflexividad crítica que caracteriza a la condición moderna y al propio proyecto de la psicología. Paradójicamente, estas aproximaciones reproducen la misma lectura monolítica de la psicología y la modernidad que han desarrollado las perspectivas de raigambre cartesiana, ilustrada y (neo)positivista que buscan criticar (Stecher, 2002).

Esperamos, por último, que las ideas desarrolladas en este capítulo contribuyan a construir una narrativa identitaria de la psicología, una autocomprensión de lo que somos y hemos llegado a ser como disciplina, que reconozca sus filiaciones con el horizonte de la modernidad y que asuma su condición de unidad internamente diferenciada e históricamente situada. Esta perspectiva puede contribuir a generar aquellos horizontes de diálogo e intercambio razonado que requiere la psicología contemporánea, evitando los riesgos, tanto de nuevas hegemonías que nieguen, clausuren o subsuman su irrenunciable pluralidad teórico-práctica, como de aquellas apuestas que ven en la fragmentación y dispersión de la disciplina un valor en sí mismo, independientemente de la legitimidad que cada uno de los *fragmentos* podría obtener en el horizonte de la crítica y deliberación argumentativa propia de un campo científico autónomo y reflexivo. Avanzar en esta dirección –que supone, por cierto, fortalecer la discusión sobre las implicancias ético-políticas del saber y las técnicas psicológicas– puede contribuir a expandir las herramientas con que la psicología cuenta para preservar y ampliar el proyecto emancipatorio de la modernidad (autonomía, igualdad y democracia) que nos interesa defender.

Referencias bibliográficas

ADORNO, T. (1997) "De la relación entre sociología y psicología". En: Adorno, T. *Actualidad de la filosofía*. Barcelona: Altaza.

➤ [BACHELARD, G. (1981) *El nuevo espíritu científico*. México D.F.: Nueva Imagen.

BERMAN, M. (1995) *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI Editores.



- BERNSTEIN, R. J. (1983) *La reestructuración de la teoría social y política*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- (1994) "Introducción". En: Giddens & otros. *Habermas y la modernidad*. Madrid: Cátedra.
- BLOOR, D. (1998) *Conocimiento e imaginario social*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- BOURDIEU, P. Y WACQUANT, L. (1995) *Respuestas por una antropología reflexiva*. México D.F.: Editorial Grijalbo.
- (2000a) *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2000b) "La causa de la ciencia: cómo la historia social de las ciencias sociales puede servir al progreso de estas ciencias". En: Bourdieu, P. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2003) *El oficio del científico: Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.
- BRAUNSTEIN, N. (1981) *Psicología: ideología y ciencia*. México D.F.: Editorial Siglo XXI.
- BRUNNER, J. (1992) "La libertad de los modernos: una visión desde la sociología". En: *Estudios Públicos* Nº 46.
- CAMPS, V. (1999) *Las paradojas del individualismo*. Barcelona: Crítica.
- CASTORIADIS, C. (1992) *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1997) *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: Eudeba.
- (1998) *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2006) *Una sociedad a la deriva*. Buenos Aires: Katz.
- CASULLO, N. (1999) *Itinerarios de la modernidad*. Buenos Aires: Eudeba.
- DANZINGER, K. (1979) "The social origins of modern psychology". En: Buss, A. (edit.) *Psychology in social context*. Nueva York: Irvington.
- (1984) "Towards a Conceptual Framework for a Critical History of Psychology" En: *Revista de Historia de la Psicología*, vol. 5, pp. 99-107 (Valencia). Recuperado en julio 2006 en www.elseminario.com.ar (versión en castellano).

- (1993) "Tres desafíos para la historia de la psicología". Recuperado en julio 2006 en www.elseminario.com.ar (versión en castellano)
- (1996) "The practice of psychological discourse". En: Graumann, C. y Gergen, K. (Edits.) *Historical dimensions of psychological discourse*. New York: Cambridge University Press.
- FEYERABEND, P. (1993) *Contra el método*. Barcelona: Planeta.
- FIGUEIREDO, L. (2002) *Psicología, una introducción: Visión histórica de la psicología como ciencia*. Santiago de Chile: USACH.
- FOUCAULT, M. (1971) *Las palabras y las cosas*. México D. F.: Siglo XXI Editores.
- (1987) "El sujeto y el poder". En Terán: O. (comp.) *Michel Foucault: Discurso, poder y subjetividad*. Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto.
- (1957) *La psicología de 1850 a 1980*. Recuperado en julio 2006 en www.elseminario.com.ar (versión en castellano).
- GERGEN, K. (1994) "Hacia una Psicología postmoderna y postoccidental", *Revista Psykhe*, Vol. 3, Nº 2, 1994, p. 105-113.
- GIDDENS, A. (1993) *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- (1997) *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- GRAUMANN, C. Y GERGEN, K. (Edits.) (1996) *Historical dimensions of psychological discourse*. New York: Cambridge University Press.
- HABERMAS, J. (1990) *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus Ediciones.
- (1993) *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid: Taurus Ediciones.
- (1996) *La lógica de las Ciencias Sociales*. Madrid: Editorial Tecnos.
- HARRIS, B. (1999) "Repoliticizing the History of Psychology". En: Fox, D. & Prilleltenski (edits.) *Critical Psychology: An Introduction*. London: Sage.
- HERMAN, E. (1995) *The romance of American Psychology*. California: University of California Press.

- KAULINO, A. (1999) "La invisibilidad del saber psicológico en la configuración de lo social". Ponencia presentada en el Seminario Internacional "Las Nuevas configuraciones de lo social", Pontificia Universidad Católica de Chile.
- (2007) "Compromiso social y pluralismo: Claves epistemológicas y éticas de la psicología moderna". En: Kaulino, A. & Stecher, A. (edits.) *Cartografía de la Psicología contemporánea: Pluralismo y Modernidad*. Santiago de Chile: LOM.
- KEENEY, B. (1994) *Estética del cambio*. Barcelona: Paidós Editores.
- KHUN, T. S. (1971) *La estructura de las revoluciones científicas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- KVALE, S. (Edit.) (1999) *Psychology and postmodernism*. London: Sage Publications.
- LARRAÍN, J. (1996) "El postmodernismo y el problema de la identidad", *Revista Persona y sociedad*, ILADES, Vol. X, Nº 1, p. 57-74.
- (2005) *¿América Latina moderna?* Santiago de Chile: LOM.
- LASCH, C. (1999) *La cultura del narcisismo*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- LEAHEY, T. H. (1998) *Historia de la Psicología*. Madrid: Editorial Debate.
- LECHNER, N. (1988) *Los patios interiores de la democracia*. Santiago de Chile: FLACSO.
- LEPENIES, W. (1994) *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- LUNDT, A. (2002) *Cornelius Castoriadis ¿el último filósofo?* Recuperado en Noviembre de 2006 en www.fundanin.org/lund.htm
- MASSIMI, M. (1996) "Historiography of psychology: old and new paths" En: *Cuadernos Argentinos Historias de la Psicología*, 2 (1/2) p. 95-107.
- MELUCCI, A. (2001) *Vivencia y convivencia*. Madrid: Trotta.
- OYARZÚN, P. (2001) *La desazón de lo moderno*. Santiago de Chile: Universidad Arcis.
- PÉREZ, C. (1996) *Sobre la condición social de la psicología*. Santiago de Chile; LOM.

- ROSE, N. (1996a) *Inventing our selves*, Cambridge University Press, Cambridge. Recuperado en julio 2006 en www.elseminario.com.ar (versión en castellano).
- (1996b) "Power and subjectivity: Critical history and psychology". En: Graumann, C. y Gergen, K. (Edits.) *Historical dimensions of psychological discourse*. New York: Cambridge University Press.
- SAYER, D. (1994) *Capitalismo y modernidad: Una lectura de Marx y Weber*. Buenos Aires: Losada.
- SCRUTON, R. (1999) *Filosofía moderna*. Santiago de Chile: Editorial Cuatro Vientos.
- SHOTTER, C. (1989) "El papel de lo imaginario en la construcción de la vida social". En: T. Ibáñez (Ed.). *El conocimiento de la realidad social*. Barcelona: Sendai.
- STECHER, A. (2000) "Notas sobre psicología, transición y subjetividad". En: Salazar, M. y Valderrama, M. (Comps.) *Dialectos en transición*. Santiago de Chile: LOM.
- (2002) "La psicología entre antiguos y nuevos mundos. Elementos para pensar la identidad profesional en la sociedad contemporánea". En: Rivera, M. (Ed.). *Retro(pro)spectivas psicológicas*. Santiago de Chile: UCSH.
- TAYLOR, C. (1997) *Argumentos filosóficos. Ensayos sobre el conocimiento, el lenguaje y la modernidad*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- (2006) *Imaginarios sociales modernos*. Barcelona: Paidós.
- TOURAINE, A. (1998) *Crítica de la modernidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- VILAR, G. (1996) "La identidad y la práctica". En: Cruz, M. (comp.) *Tiempo de subjetividad*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- VEZZETTI, H. (1998) "Las psicologías del fin de siglo a la luz de su historia". En: *Revista de psicología general y aplicada*, vol. 51, Nº 1 (Valencia). Recuperado en julio 2006 en www.elseminario.com.ar
- VON WRIGHT, G. (1988) *Explicación y comprensión*. Madrid: Alianza.
- WAGNER, P. (1997) *Sociología de la modernidad*. Barcelona: Editorial Herder.

WALLERSTEIN, I. (2001) *Conocer el mundo, Saber el mundo*. México D.F.: Siglo XXI.

————— (2003) *Abrir las ciencias sociales*. México D.F.: Siglo XXI.